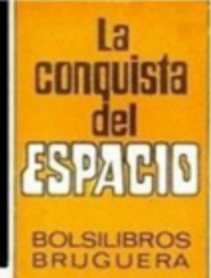


LOS CEREBROS ECTOPLASMATICOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

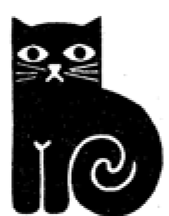


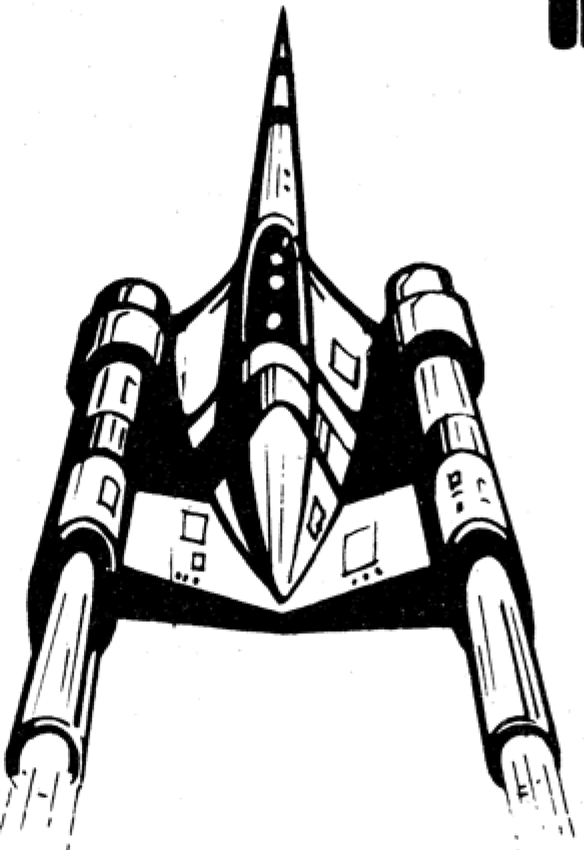
LOS CEREBROS ECTOPLASMATICOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

577 — *Los Herederos De La Humanidad.* — A,Thorkent.

578 — *Las Torres De Pandora*. — A.Thorkent.

579 — *Mama Computadora*. — Lou Carrigan

580 — *La Desintegración Del Universo*. — Glenn Parrish.

5 8 1— *Desde Los Confines De La Galaxia*. — A.Thorkent.

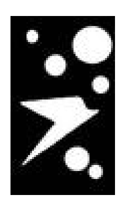
RALPH BARBY

LOS CEREBROS ECTOPLASMATICOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 582

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 27.384-1981

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: octubre, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

—¡Atención, atención, hemos entrado en área de radiaciones no controladas!

—¿Estás seguro, Xeflis? —preguntó Gland Gelos, comandante y propietario de la cosmonave Jonc-212.

—Voy a pedir confirmación al computador central, yo no logro identificar el tipo de radiaciones.

—Bien, veamos qué dice la computadora central.

Xeflis, el joven compañero de Gland Gelos, tecleó demandando información rápida sobre las radiaciones que acababan de detectar.

—Radiaciones no computadas, radiaciones no computadas —respondió casi de inmediato el computador central.

—Quizás sea una banda de radiación sin trascendencia alguna —comentó el cosmonauta Gland Gelos—. Ya sabes, Xeflis, que hay muchas clases de radiaciones diferentes en el espacio sideral. Antiguamente, en tiempos de la prehistoria espacial, cuando se lanzaban los primeros artefactos al espacio, se creía que todo estaba medido y controlado porque se ignoraban muchas cosas.

—Si, claro, pero eso sucedió hace mucho tiempo.

Se produjeron varios chispazos en los paneles de control y recepción de datos. Una chicharra comenzó a sonar en toda la cosmonave y las luces rojas se encendieron parpadeantes.

—Alarma, alarma advirtió, abriendo el sistema de comunicación de orden interno. Su voz se propagó por toda la cosmonave.

—¿Qué diablos está pasando? —casi rugió Gland Gelos mientras los circuitos saltaban chisporroteando, provocando incendios que se encargaban de sofocar los sistemas automáticos contra incendios.

—Esta es una situación imprevista —gruñó Xeflis.

—Todo el mundo a colaborar. Vístanse con los trajes de supervivencia pidió por los altavoces, y su orden se propagó por toda la cosmonave. Mantengan la calma y sigan las normas para casos de emergencia.

Maragda entró en la cabina excitada, acababa de oír las últimas órdenes mientras llegaba por el corredor.

Estamos en una zona de radiaciones desconocidas que han atravesado el casco de la cosmonave afectando a los circuitos electrónicos como si se tratara de rayos espaciales y nuestros circuitos, verdaderos pararrayos, sólo que no poseemos un pozo en el cual descargar toda esa energía.

—¿Será muy grave?

—No lo sé, hay que llevar control de daños. Llamad a Traull, que venga de inmediato; quiero datos sobre los percances ocurridos en todas las áreas.

—Seria bueno lanzar un S.O.S. galáctico —dijo Xeflis.

—Ya puedes lanzarlo a todas las bandas le ordenó Gland Gelos viendo por las pequeñas pantallas distintas áreas de la cosmonave.

Los viajeros que transportaban corrían de un lado para otro muy nerviosos mientras se producían más y más focos de fuego que, aunque pequeños en principio, se multiplicaban. Los sistemas automáticos contra incendios lanzaban chorros de gas inerte que conseguían apagar brotes de fuego, pero no todos.

—Voy a virar noventa grados y daré un sobreimpulso a la cosmonave ganando dos mach luz sobre la velocidad que ya llevamos.

Maragda le miró preocupada.

—Eso es demasiado, la cosmonave no lo resistirá.

—Desintegrarnos es una posibilidad, pero si nos quedamos aquí lo vamos a pasar muy mal. El fuego podremos controlarlo, la cosmonave tiene muchas defensas, pero si el calor aumenta en puntos determinados, el casco se agujereará por muchos puntos, se despresurizará y todo estará perdido.

Bastaba dar un vistazo a los paneles luminosos de observación automática para darse cuenta de que la mayoría de las áreas de la cosmonave habían quedado calificadas como zonas rojas de peligro por los sistemas automáticos de la computadora central.

—Hemos de salir de aquí y luego, que la suerte nos ayude.

—Yo iré dando la situación en el S.O.S. galáctico —advirtió Xeflis.

Maragda se encargó de avisar al cuarto miembro de la tripulación mientras los cohetes propulsores de babor se ponían en funcionamiento y la cosmonave Jonc- 212 viraba noventa grados. Estos cohetes dejaron de funcionar para encenderse el gran motor de popa con todo su gigantesco poder propulsivo.

Había que conseguir más velocidad de la que ya llevaban de crucero que, por otra parte, era muy elevada para ser una cosmonave de transporte de viajeros.

La cosmonave comenzó a vibrar de forma peligrosa, máxima teniendo en su interior no menos de un centenar de pequeños focos de incendio con deterioros importantes.

No había que olvidar que las bombas renovadoras del aire trabajaban al máximo de rendimiento y los filtros separaban los gases nocivos e inertes para insuflar aire fisiológicamente respirable para que no se produjera una intoxicación general que podría causarles la muerte por envenenamiento o simple asfixia.

Traull, que había acudido a la sala de mandos, advirtió excitado:

—La atmósfera interna se está enrareciendo por momentos, el sistema de filtración no da más de sí. Ponlo a tope de rendimiento —le pidió Gland Gelos.

—Ya está a tope y por los datos que me llegan, no sé como los filtros no saltan aún hechos pedazos. Hemos vertido demasiado gas contra los fuegos y ese gas, unido a los humos y gases producidos por los propios focos de fuego, ya es demasiado.

—Hay que aguantar más; de todas formas, los viajeros llevan ya los trajes de supervivencia.

—¿Y nosotros? —preguntó Xeflis tosiendo a causa del humo que salía por debajo de los tableros electrónicos; los circuitos, los condensadores y demás artilugios electrónicos se quemaban.

—Aguantemos un poco más.

Se escuchó como si la cosmonave se rajara de arriba abajo, como si al aumentar tanto la velocidad se abriera a lo largo de todo el fuselaje.

—Esto es el fin —musitó Maragda, sujeta a su silla anatómica ante la imposibilidad de mantenerse en pie debido a las vibraciones oscilantes que sufría la cosmonave.

De pronto, la cosmonave dejo de vibrar, fue como si entrara en un océano sideral de calma; no obstante, los sistemas de depuración del aire dejaron de funcionar y se produjeron agujeros en el casco por los cuales comenzó a escapar la atmósfera artificial que tenían.

Gland Gelos, que dirigía las operaciones, ordenó que se cerraran compartimientos completos mientras los viajeros se recluían en la sala central de reuniones.

—Esto es el fin, estamos demasiado lejos de las colonias terrícolas espaciales para que obtengamos ayuda antes de que se consuma el oxígeno que tenemos en botellas y tanques —dijo Maragda.

—No hay que desesperar, ¿verdad, Xeflis? —preguntó Gland Gelos.

—El S.O.S. está cruzando el espacio en todas direcciones, alguien puede escucharlo y acudir en nuestra ayuda.

—Me temo que tendrás que contar al pasaje la verdad de los momentos que vivimos.

—Que son más dramáticos de lo que parece —apuntó Traull.

—¿Más? —preguntaron los otros tres.

—Sí advirtió Traull. En la sala de pro-taquiones, la temperatura está aumentando.

—Traull, consulta a la computadora central para saber cuánto tiempo nos queda.

—¿De poder respirar?

—Sí y también por la temperatura.

—De acuerdo.

Gland Gelos había sostenido todos los motores de la cosmonave de tipo propulsivo y sólo funcionaban los de mantenimiento de orden interno; sin embargo, la temperatura de la sala de los motores pro-taquiones seguía aumentando.

—¿No habría alguna posibilidad de sofocar el fuego de la sala de los motores pro-taquiones? —preguntó Traull mientras buscaba datos a través del computador central.

Maragda opinó:

—Entre los pasajeros hay varios especialistas muy importantes.

—Son científicos —objetó Gland Gelos.

—Sí, pero científicos prácticos y no teóricos. Abarcan todas las ciencias y operan de forma práctica en los puestos más importantes.

—Admito que son hombres y mujeres que valen; son la flor y nata de nuestra ciencia llevada a la práctica.

—¿Por qué no pedimos la colaboración de dos o tres de ellos?

—Está bien, encárgate tú de escogerlos, yo no puedo soltar el control de la cosmonave. Estamos camino de la desintegración; lo que hay que conseguir es aguantar el máximo posible hasta que llegue alguna cosmonave a socorrernos.

—Ahora mismo voy.

—De acuerdo, pero utilicen todos el traje de supervivencia y que las cámaras clausuradas no sean abiertas.

Por su parte, los viajeros se habían organizado y nombrado a un representante para que pidiera explicaciones de cuanto sucedía.

Owerson, el hombre de más edad entre los científicos prácticos, se presentó en la sala de control vestido con su traje de supervivencia.

—Comandante Gelos...

—Sí, ¿están todos bien?

—¿Bien, es un sarcasmo?

—No, no es ningún sarcasmo. Tenemos algún tiempo de vida y se dice que mientras hay vida hay esperanza.

—¿Cuánto tiempo queda?

—No lo sabemos aún.

—Su obligación es saberlo.

—Se están computando datos. Habría que taponar los agujeros del fuselaje, apagar todos los focos de incendio y, por supuesto, bajar la temperatura de la sala de pro-taquiones.

—¡Un aumento de temperatura en la sala de pro-taquiones es peligrosísimo!

—Sé muy bien lo que significa. Es nuestro núcleo propulsor al rebasar la velocidad de la luz y su control es muy difícil.

—Así, en pleno vuelo y en una cosmonave deteriorada, ese control es imposible —dijo Owerson, visiblemente nervioso y agitado.

—Está bien, tiene razón. Si quiere hablar claro, hablemos. Es imposible, como posibilidad de supervivencia sólo tenemos el retrasar la desintegración.

—Debemos saltar al espacio.

—Tenemos dos lanzaderas, son más bien pequeñas.

—¿Suficientes para que quepamos todos dentro?

—Lo justo y apretaditos, pero si nos metemos en las lanzaderas y abandonamos la cosmonave, como tiempo de vida sólo nos quedará el aire respirable que llevemos con nosotros y eso no será mucho.

—¿Las lanzaderas no tienen productores de oxígeno?

—Sí, pero por un tiempo limitado.

—¿Cuánto tiempo?

—Doscientas horas; pero en el caso de meternos todos dentro, duplicaremos el consumo de oxígeno, o sea, que con mucha suerte y no haciendo esfuerzos, tendremos oxígeno para unas cien horas.

—Es poco.

—Ahora, ya sabe cómo está la situación.

—Si nos quedamos aquí dentro, hasta el último momento corremos el riesgo de no poder escapar a la desintegración de la cosmonave cuando la sala de pro-taquiones estalle y, ¿se da cuenta del espacio que quedará bajo la onda termo-expansiva desintegradora?

—Imagino que unos kilómetros.

—Muchos kilómetros.

—De acuerdo. Yo puedo tripular la cosmonave hasta el último segundo, pero decidan ustedes por votación qué es lo que desean.

De acuerdo, lo haré cuando me pasen los últimos datos sobre la situación real en la cosmonave.

—No hace falta que espere mucho le dijo Traull.

—¿Los tienes? —preguntó Gland Gelos a su subordinado.

—Sí.

—Suéltalos.

—Cuatrocientas cincuenta horas de respiración y treinta por aumento de temperatura en la sala de pro-taquiones, aún contando con inundarla de agua.

—Algo más de treinta horas —repitió Owerson—. Tengo que ir a exponer el asunto, pero creo que en esta situación ya pueden ir preparando las lanzaderas.

—Lo haremos y estén todos dispuestos a trabajar para trasladar alimentos y agua a las lanzaderas.

Owerson asintió con la cabeza y se alejó.

—Este hombre parece que nos echa la culpa a nosotros por lo sucedido —se lamentó Xeflis.

—Sí, está nervioso, no le entra en la cabeza que la misma suerte que pueden correr ellos la estamos corriendo nosotros.

Cuando Maragda regresó a la sala de tripulación y control general les dijo:

—No van a ayudar a nada; han decidido abandonar la cosmonave.

—Bien, entonces dispongámoslo todo para morir pegados unos a otros. Si no aparece nadie y es posible que así suceda por lo lejos que nos hallamos de las colonias terrícolas, nuestra muerte será lenta por falta de oxígeno.

—Gland, no ganaríamos nada quedándonos aquí —le advirtió Traull—. Esta cosmonave estallará, más tarde o más temprano se desintegrará en el espacio. La sala de pro-taquiones propulsivos es ya un horno.

—Pero, ¿por qué, por qué ha sucedido esto? —casi gritó Gland Gelos dando un puñetazo sobre la mesa.

—Son los grandes misterios del espacio sideral, nunca sabemos con lo que nos vamos a encontrar; la ciencia cree haberlo descubierto todo y, de pronto, surge lo desconocido.

Xeflis añadió:

—Unas radiaciones de origen y tipo desconocido han caído sobre la cosmonave traspasando el casco para quemarlo todo y aún no comprendo como nosotros no hemos resultado afectados.

—Está bien, abandonemos la cosmonave. Traull, deja el S.O.S. colocado en el automático intermitente y con todas las bandas de comunicación abiertas, alguien tiene que oírnos.

—Eso está hecho, Gland.

—En las lanzaderas también hay que colocar el S.O.S., no vaya a ser que cuando la cosmonave salte convertida en polvo espacial quien acuda en nuestra ayuda piense que ya no es necesaria su presencia y nos Condene a morir en el espacio.

—Con el tiempo calculado en las pequeñas cosmonaves llamadas lanzaderas, de corto radio de acción, los suministros que creyeron necesarios para alargar al máximo su supervivencia, todo el aire comprimido que pudieron y dos productores de oxígeno, se dispusieron al traslado a las pequeñas naves.

Maragda preguntó:

—¿Cómo nos distribuiremos?

—Traull, tú y Xeflis iréis en la lanzadera «Dos»; Maragda y yo viajaremos en la «Uno».

—No podemos esperar más, es posible que la onda termo-expansiva nos alcance. Hay que salir de aquí volando, volando.

Las lanzaderas se cerraron. Todos llevaban trajes espaciales puestos, ya no había atmósfera artificial en torno suyo.

Se cerraron las compuertas herméticamente y Traull y Xeflis hicieron saltar al espacio la lanzadera «Dos».

—Nos vamos y que la suerte nos acompañe —dijo Gland Gelos, y la lanzadera «Uno» saltó al espacio.

Las dos lanzaderas pusieron rumbo al planeta Tierra viajando una al lado de la otra, de tal modo que podían verse a las gruesas cristaleras de las ventanas de seguridad que filtraban toda clase de radiaciones que provenían del exterior, a excepción de las desconocidas que habían atacado y destruido la cosmonave Jonc-212.

Llevaban alejándose un cierto tiempo cuando el espacio se iluminaba con una luz blanca que llegó a alcanzarlos. Todos quedaron

en tensión.

Owerson dijo:

—La cosmonave se ha desintegrado. Menos mal que tomamos la decisión de abandonarla.

—No siga, Owerson, todos sabemos que ahora estaríamos desintegrados —le dijo Gland Gelos.

—Tendría que responder de lo ocurrido ante la comisión de control espacial.

—Pues, muy bien. Lo que a mí me gustaría que me explicara alguno de sus famosos colegas es qué tipo de radiación ha causado este desastre.

Nadie supo responder, nadie pudo dar una explicación razonable sobre lo ocurrido mientras se alejaban por el espacio sin saber todavía si hacia su muerte, dejando atrás los restos de la cosmonave desintegrada.

CAPITULO II

Habían estado consumiendo el aire comprimido. El procesador de oxígeno estaba agotado y el ambiente dentro de las dos lanzaderas había enrarecido.

—Colóquense los cascos de los trajes espaciales y comiencen a consumir el aire de las mochilas de supervivencia.

—¿No hay nadie cerca aún? —preguntó Owerson.

Maragda respondió:

—Nadie.

—¿Ni siquiera la posibilidad de una respuesta a nuestro S.O.S.?

—Todavía no.

—Gland, Gland, ¿me oyes?

La voz acababa de llegar por el receptor.

—Sí, Traull, te escucho perfectamente.

—He captado una señal.

—¿Una señal?

—Sí, dile a Maragda que afine el supra-radar.

Maragda, que estaba escuchando, lo hizo y en la pequeña pantalla apareció un puntito que se movía hacia ellos.

¿Qué puede ser? preguntó la mujer.

—¿Qué es lo que han descubierto? inquirió Owerson.

—Algo que se acerca a una velocidad diez veces superior a la que nosotros llevamos.

—Entonces un meteorito no puede ser.

—Todos pensamos lo mismo, Owerson, debe ser una cosmonave, lo que no es seguro es que venga a socorrernos.

—¡Haga la llamada!

—La llamada se está haciendo, Owerson, desde que comenzó el fin de mi cosmonave.

Gland Gelos ya había podido comprobar que no simpatizaba con Owerson ni con otros miembros del pasaje que por su profesión se consideraban por encima de todo e intuía que le culpaban a él de lo ocurrido.

Gland, Gland, es una cosmonave, seguro—comunicó Traull, excitado.

—Atentos a las señales de comunicación.

Hicieron la llamada y todos esperaron la respuesta llenos de tensión.

—¿Por qué no responderán? —preguntó Owerson—. ¿Funcionan bien los emisores?

—Si no se estropearon como todo lo demás, sí le dijo Gland Gelos, un tanto irónico. ¿No se ha dado cuenta de que mi compañero y yo nos comunicamos?

—Sí.

—Eso quiere decir que funcionan los emisores y los receptores.

—Hay que insistir, quizás no sean hijos de la madre Tierra como nosotros.

—Conocemos perfectamente a las tres civilizaciones no terrícolas y ellas nos conocen a nosotros y tenemos un pacto de ayuda mutua en caso de accidente en el espacio, de modo que el S.O.S. lo entenderían perfectamente. De los lowin no me fiaría demasiado.

—Yo tampoco, pero ¿qué iban a ganar esos alienígenas hermanos de la galaxia?

—No lo sé, pero los pactos no son todos los mismos.

—Atención, atención, acudo en ayuda de socorro, atención, atención, acudo en ayuda.

Era la primera vez que se oía la voz de la cosmonave que se les acercaba rápidamente.

—Gland, ¿lo has oído?

Sí, perfectamente. Mantengamos la velocidad y la posición,

dejemos que sean ellos quienes maniobren.

Hubo un grito de júbilo en las dos lanzaderas. La esperanza se hacía realidad, no morirían en el espacio.

Se elevó un profundo suspiro común. Todos sabían que les quedaba poco aire dentro de sus respectivas mochilas de supervivencia.

Ya podían ver con sus propios ojos la cosmonave, aunque Owerson seguía nervioso porque los cosmonautas que se les acercaban no se habían identificado.

—¿Quiénes son? —preguntó una vez más Gland Gelos mirando la cosmonave con sus ojos intensamente verdes.

—Gland, ¿te has fijado?

Gland respondió a Traull:

—Si te refieres a que es una cosmonave Jonc-212, te diré que sí, la estoy viendo bien.

—Es igual que la nuestra, con el mismo pintado.

—Sí, ya la veo. Voy a tratar de comunicarme de nuevo con ellos.

—Es increíble —opinó Owerson—. Se parece a la cosmonave que acabamos de abandonar.

—No es nada extraño, es una cosmonave de serie —le replicó Gland Gelos, y añadió—: Aunque mi cosmonave tenía algunas modificaciones.

—Bueno, me tranquiliza que no sea una cosmonave extraterrestre. Tenga en cuenta que somos un grupo de científicos prácticos de élite.

—Lo comprendo. Abriendo el canal de comunicación, llamó a quienes se le acercaban para brindarles socorro. Aquí el comandante Gland Gelos, pido permiso para el acercamiento.

—Aquí cosmonave en ayuda de socorro.

La voz que ya habían oído con su anterioridad volvió a entrar en las lanzaderas donde se apretujaban los supervivientes del espacio.

—Hagan maniobra de aproximación. Se abrirá la puerta de carga, deberían abandonar sus naves y entrar en la Jonc-212.

—Podemos entrar con las lanzaderas —propuso Gland Gelos, mas no obtuvo respuesta alguna.

—Oye, Gland.

—Sí, Traull, te escucho.

—¿Por qué es tan poco charlatán el tipo de la cosmonave que viene a auxiliarnos?

—No lo sé, Traull, será poco amigo de hablar; ya sabes aquello de que la palabra es plata y el silencio, oro.

—¿Quién va primero?

—Tú mismo. Acércate, abrid la lanzadera, enganchad un cable y sin que nadie se suelte del cable, pasad de una nave a la otra.

—Y luego, ¿dónde pondrás tú la lanzadera que pilotas?

—Encima, no te preocupes.

—De acuerdo, hasta ahora.

Traull y Xeflis aproximaron la lanzadera «Dos» a la cosmonave de socorro que abrió su puerta de carga y extendió la rampa junto a la cual se situaron los náufragos del espacio.

Una vez Xeflis hubo enganchado el cable, fueron pasando a la cosmonave Jonc-212 cogidos a él.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Maragda.

Gland Gelos colocó se lanzadera junto a la otra, casi encima, y fueron saliendo de ella despacio, sin precipitaciones.

El propio Gland fue el último en saltar sobre la rampa y caminar por ella, adentrándose en la cosmonave Jonc-212.

Todos quedaron en el hangar de presurización y cuando la compuerta se hubo cerrado herméticamente, el hangar se llenó de aire respirable hasta conseguir la presión de 750 milímetros. Después, se abrió otra compuerta y hubo un grito general de júbilo.

—Estamos salvados —suspiró de alivio Maragda, muy cerca de Gland Gelos al que miraba con mucho interés.

Había sido su primer viaje junto a Gland que se había mantenido frío, casi distante con ella, pese a que la joven había tratado de ser

muy amistosa con él.

—Dónde está el comité de recepción? —preguntó Owerson.

Maragda, mirando en todas direcciones, dijo:

—Aquí no hay nadie.

—Estarán en la sala de control. Maragda, ven conmigo, iremos a saludarlos; los demás, esperen aquí.

—Yo también voy —dijo Owerson, decidido—. Soy el representante de los viajeros.

—Está bien, venga con nosotros —aceptó Gland Gelos.

—Comandante Gelos —le interpeló Owerson, obligándole a volverse hacia él.

—¿Qué quiere ahora?

—Ahora, usted no es el jefe de la cosmonave.

—¿Y?

—Se lo digo para que no lo olvide.

—Oiga, Owerson, me está usted cargando.

—Su ineptitud nos ha traído a esta situación y menos mal que hemos recibido ayuda; de lo contrario, ahora estaríamos agonizando.

—No tiene usted derecho a decir lo que acaba de soltar —le espetó Maragda, molesta. Ha sido algo imprevisto. Ni ustedes, con su gran ciencia, han logrado averiguar de qué clase de radiaciones se trataba.

—Déjalo, Maragda —le pidió Gland—, Ellos están por encima de los hombres; creen ser semidioses.

—No diga tonterías.

—Owerson, no siga utilizando su lengua resentida. Algo le habrá sucedido que le tiene amargado, de modo que no me busque pleitos o le daré el placer de desfogar sus instintos. De lo que no respondo es cómo terminará la sesión. Ahora, vamos.

Para Gland Gelos, avanzar por el interior de aquella cosmonave no encerraba ningún problema, puesto que era idéntica a la que le había pertenecido y que se había desintegrado.

Por ello, llegaron pronto a la sala de control y pilotaje.

Ante ellos, sorprendiéndoles por completo, sólo apareció un ser que llevaba la cabeza protegida por un yelmo con un cristal oscuro que le cubría el rostro.

—Bien venidos a la Jonc-212 —les dijo, mirándoles.

—¿Y los demás? —preguntó Gland, perplejo.

—No hay más.

—¿Cómo que no hay más? Esta cosmonave está construida para un mínimo de cuatro tripulantes y eso teniendo en cuenta que el cerebro electrónico central sea de los mejores, pues se compra aparte.

—No hay más.

Owerson masculló:

—¿Qué significa esto?

Gland se enfrentó al extraño ser. Avanzó hacia él decidido, pero despacio, como reafirmado cada uno de sus pasos.

—Cuidado, Gland —le pidió Maragda.

Gland llegó hasta aquel ser. Alzó su mano e hizo saltar el sujetador metálico de la mirilla dejando al descubierto lo que ocultaba tras ella.

—Soy amigo, soy amigo, estoy a su disposición. Controlo la cosmonave.

Ante la visión de células supra-fotoeléctricas y otros artilugios electrónicos, Owerson exclamó:

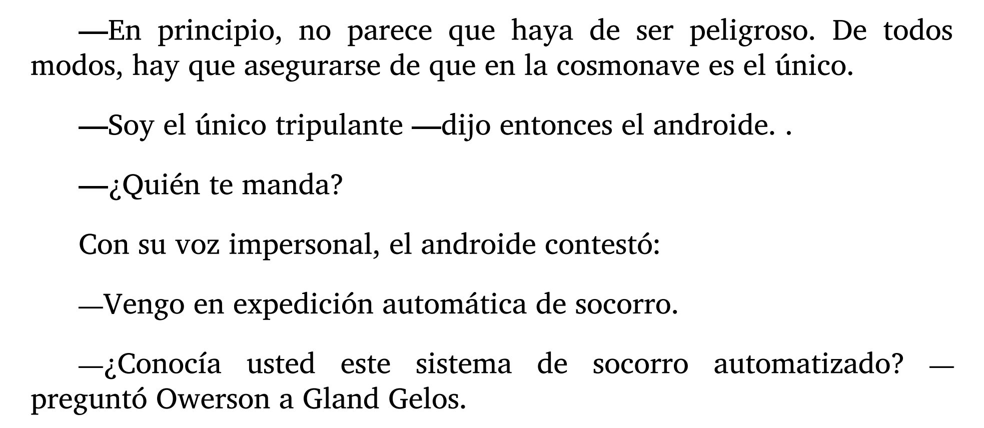
—¡Es un androide!

—Eso parece.

—¿Habrá más? —preguntó Owerson.

—No lo sé. Convendría que nos dividiéramos en grupos de cuatro o cinco e hiciéramos una inspección a fondo de toda la cosmonave para saber si hay más como él.

—¿Cree que puede ser peligroso? —inquirió Owerson, viendo como Gland colocaba de nuevo el cristal que cubría el rostro electrónico del androide.



—En principio, no parece que haya de ser peligroso. De todos modos, hay que asegurarse de que en la cosmonave es el único.

—Soy el único tripulante —dijo entonces el androide. .

—¿Quién te manda?

Con su voz impersonal, el androide contestó:

—Vengo en expedición automática de socorro.

—¿Conocía usted este sistema de socorro automatizado? —preguntó Owerson a Gland Gelos.

—No, no lo conocía, pero tampoco sería nada nuevo. Un androide prácticamente no consume nada y una cosmonave de este tipo puede estar cruzando los espacios con un bajísimo consumo general de energía, agua, oxígeno y alimentos a la espera de que alguien se encuentre en situación desesperada para acudir en su ayuda.

—¡Esto es estupendo! —aplaudió Maragda. Y nosotros hemos sido los beneficiados.

—Bien, nos dividiremos en grupos y registraremos toda la cosmonave.

—Si no me equivoco, en los frigoríficos habrá alimentos y agua, pueden preparar comida; no obstante, si entre ustedes viaja algún médico bromatólogo, será bueno que inspeccione los alimentos.

—Me parece bien.

—Todo está en orden, comandante Gelos —dijo el androide.

—Vaya, hasta me conoce.

—Usted se identificó, comandante Gelos. La computadora central posee los datos de todos los cosmonautas terrícolas que surcan los espacios siderales.

—Es magnífico que dispongamos de este sistema totalmente automático de socorro en el espacio —opinó Gland Gelos, satisfecho.

Maragda inquirió:

—Y ahora, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—La Jonc-212 está a su disposición.

Gland Gelos se encaró con el androide como si éste fuera un ser

humano más, pues había constatado su gran capacidad de respuesta, superior a los androides que había conocido.

—¿Quieres decir que esta cosmonave queda en mis manos para proseguir el viaje?

—Sí, comandante Gelos, queda en sus manos. Mi misión ahora es obedecerle a usted.

—Magnífico. ¿Cómo te llamas? —preguntó a aquel perfectísimo robot mecano-electrónico al que había que quitar el cristal del casco para darse cuenta de que no era un ser humano si no un producto de la ciencia y la técnica.

—Tabalot.

—Esto es mejor de lo que podíamos esperar —aplaudió Maragda.

—Habría que condecorar al que tuvo la feliz idea de colocar esta cosmonave de socorro en el espacio, a disposición de cualquier naufragio espacial.

—¿Nos repartiremos el trabajo como en la cosmonave que hemos dejado atrás?

—Sí.

—¿Pondremos rumbo a la Tierra?

—Sí y, mientras, que se realice la inspección.

La sorpresa fue grande, sólo superada por la alegría general.

Después de registrar la cosmonave, los grupos no encontraron más androides ni a ningún ser humano, ni vivo ni criogenizado. Destaparon bebidas y celebraron la situación.

Gland Gelos advirtió por los altavoces:

—Atención, voy a dar un fuerte impulso a la cosmonave para aumentar en dos «luz» nuestra velocidad que ahora es sub-luz. Notarán vibraciones, pero no va a ocurrir nada si la cosmonave responde como es de desear.

Owerson, que en aquel momento entraba en la sala de control y pilotaje, protestó:

—Sin conocer la cosmonave, es hacernos correr riesgos inútiles.

—¿Quiere que tardemos tres veces más en llegar al planeta Tierra?

—Está bien, es bajo su responsabilidad.

—Exactamente. Ahora ya sabe que nos hallamos como antes, soy el comandante de esta cosmonave.

—¿Con qué derecho?

—Con el que me ha dado el androide Tabalot.

—¿Un androide dando derechos? —brincó Owerson. Eso es completamente absurdo, el androide está por debajo de nosotros según las normas de la Confederación Terrícola.

—Sí, pero en este caso, él era el único ser que viajaba en la cosmonave de socorro.

Owerson se alejó, evidentemente molesto. Maragda comentó:

—Owerson es un hombre ambicioso y ahora quiere ser el jefe de esta expedición.

—Eso indica que en vez de inteligente es un mediocre. A mí me importa un bledo ser el jefe de todos esos científicos, lo que pretendo es salvar la piel en este viaje tan extraño y te diré una cosa que te va a sorprender.

—¿Ah, sí?

—Sí, acerca tu oreja, pueden oírnos.

—¿Quién?

El androide. Bajando la voz, añadió: Sospecho de Tabalot, pero no lo comentes.

—¿Por qué?

—No me lo preguntes, aún no lo sé. Ahora hay que llegar a nuestro destino cuanto antes y sugiéreles a esos científicos que hagan lo que puedan por estudiar el porqué de las radiaciones.

CAPITULO III

—Desde que nos metimos en esta cosmonave, no hemos tenido un solo problema —comentó Traull.

Xeflis añadió:

—Se viaja como la seda y a alta velocidad.

—Sí, todo parece ir bien. Hay comida y bebida, buen aire respirable, una enfermería que no teníamos en nuestra cosmonave, todo perfecto, pero al computador le faltan datos —objetó Gland Gelos.

—¿Qué datos? preguntó Owerson que en aquel momento entraba en la sala de mandos, sala a la que acudía con asiduidad, como si temiera ser olvidado por Gland.

—Quería mantener su papel de representante de todo el grupo de científicos viajeros que regresaban al planeta Tierra para ocupar sus respectivos puestos después de realizar unas complicadas investigaciones en el planeta Jonás.

—Este computador no tiene datos sobre las colonias terrícolas en el espacio.

—¿Se refiere a los planetas en exploración o ya en explotación?

—Exacto y no sólo sobre ellas si no respecto a los laboratorios espaciales.

—Entonces, ¿qué datos tiene?

—Sólo los que nos han de conducir al planeta Tierra.

—¿Y le parece poco?

—Sí.

—¿Por qué, si nuestro destino es la Tierra, precisamente?

—Porque esos laboratorios espaciales, tanto los fijos como itinerantes o las colonias que tenemos en planetas, satélites naturales o asteroides, nos sirven como mojones en el espacio para guiarnos y también para mantener una comunicación con ellos.

—Eso no tiene mayor importancia.

—Sí, pero a pesar de todo no me gusta y yo soy quien pilota esta cosmonave.

—¿Usted, y el androide?

Todos miraron á Tabalot que permanecía quieto, observándoles de pie en un rincón; su aspecto resultaba algo misterioso.

—Tabalot está programado para informarnos respecto a los problemas que pueda tener la cosmonave, pero él no puede programar al ordenador central.

Maragda había salido de su camarote para dirigirse a la sala de gimnasia cuando, al pasar por delante de una puerta, escuchó unos quejidos.

Se detuvo, acercó el oído a la puerta y siguió escuchando los gemidos. Golpeó la puerta con los nudillos y luego la abrió poniendo la mano sobre el abridor electrónico.

Una de las científicos del grupo se hallaba tendida en la litera; gemía y sufría contracciones.

—¿Qué le pasa, qué le pasa?

La ingeniero de telecomunicaciones abrió los ojos. Era una muchacha hermosa, morena, distinta a Maragda que poseía unos cabellos dorados y ojos verde claro, más claros que los de Gland Gelos.

—Ya está, ya está —dijo ella, respirando fatigosamente.

—¿Qué le ha sucedido?

—No sé, no me siento muy bien, pero ya ha pasado.

—¿Quiere que avise a Xeflis? Es socorrista espacial, no llega a médico pero para primeros auxilios es suficiente.

—No, no hace falta, serán tantas emociones, ya estoy bien.

—Usted es...

—Denia.

—Ah, sí, Denia, ingeniero de telecomunicaciones, ¿verdad?

—Sí.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí, gracias, me tomaré un tranquilizante y se acabó.

—¿Quiere que se lo prepare?

—No, no hace falta. ¿Por qué no me tuteas?

—Sí, claro, debemos tener casi la misma edad, ¿verdad?

—Más o menos.

—Bien, Denia, me alegro de que estés bien, pero si vuelves a encontrarte mal, avísame.

—Sí, claro, te avisaré.

Maragda abandonó el camarote y prosiguió su camino hacia el gimnasio, más tranquila por haber dejado a la pasajera en buen estado.

Al llegar al gimnasio, oyó unos quejidos. En el suelo estaba uno de los científicos, encogido sobre sí mismo.

—¿Qué le sucede?

—Nada, nada, me duele dentro.

—Voy a avisar…

—No le dijo cogiéndole por la muñeca.

Maragda aguantó hasta que se vio obligada a decir:

—Me hace daño.

El la retuvo un poco más, como si estuviera ausente. Al fin, dijo:

—Ya está. Volvió su rostro hacia ella y a la joven le pareció que los ojos tenían un brillo nada corriente. Disculpe, quizás he hecho demasiadas flexiones de cintura.

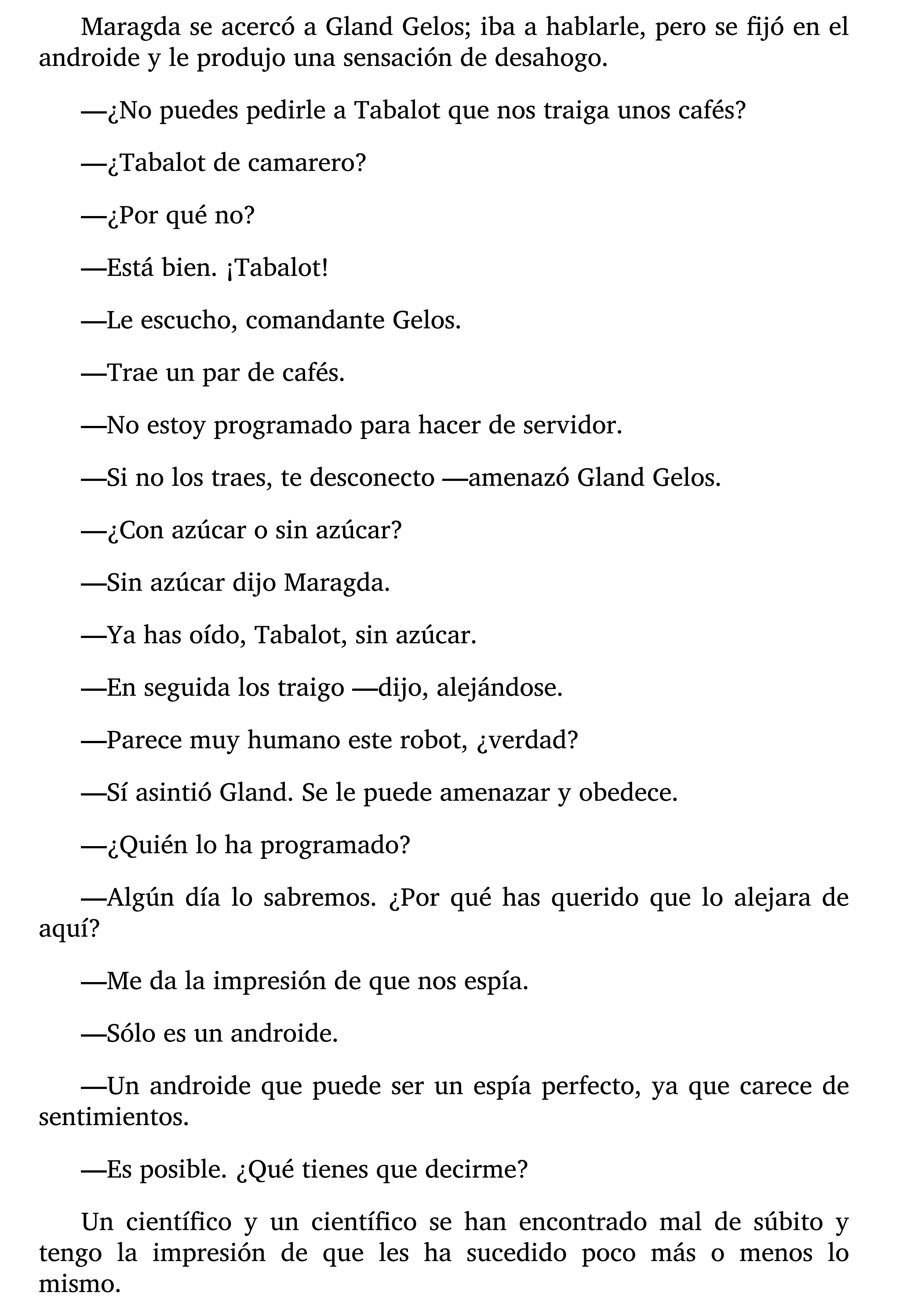
—Será mejor que avise a Xeflis, es socorrista espacial, casi médico.

—No, gracias, con un relajante se me pasará.

Tomó su toalla y se alejó, dejando a Maragda muy pensativa.

Cuando Maragda se presentó en la sala de pilotaje y control; sólo estaba en ella Gland Gelos que la miró sonriente, pero en el rostro femenino captó inquietud, no estaba como era habitual.

—¿Qué te ocurre?


Maragda se acercó a Gland Gelos; iba a hablarle, pero se fijó en el androide y le produjo una sensación de desahogo.

—¿No puedes pedirle a Tabalot que nos traiga unos cafés?

—¿Tabalot de camarero?

—¿Por qué no?

—Está bien. ¡Tabalot!

—Le escucho, comandante Gelos.

—Trae un par de cafés.

—No estoy programado para hacer de servidor.

—Si no los traes, te desconecto —amenazó Gland Gelos.

—¿Con azúcar o sin azúcar?

—Sin azúcar dijo Maragda.

—Ya has oído, Tabalot, sin azúcar.

—En seguida los traigo —dijo, alejándose.

—Parece muy humano este robot, ¿verdad?

—Sí asintió Gland. Se le puede amenazar y obedece.

—¿Quién lo ha programado?

—Algún día lo sabremos. ¿Por qué has querido que lo alejara de aquí?

—Me da la impresión de que nos espía.

—Sólo es un androide.

—Un androide que puede ser un espía perfecto, ya que carece de sentimientos.

—Es posible. ¿Qué tienes que decirme?

Un científico y un científico se han encontrado mal de súbito y tengo la impresión de que les ha sucedido poco más o menos lo mismo.

—¿Mal los dos?

—Sí.

—¿Son pareja?

—No, el nombre de él no lo conozco, claro que mirando el cuadro lo identificaría de inmediato. El de ella es Denia.

—¿La ingeniero de telecomunicaciones?

—Veo que te has fijado en ella.

—Déjate de bromas. ¿Qué les pasa, en realidad?

—Los dos han gemido de manera semejante.

—Avisaremos a Xeflis.

—Ellos han dicho que los dolores ya les habían pasado.

—De todos modos, es mejor que Xeflis los examine, podría tratarse de algún alimento en mal estado.

—Creo que es mejor que Xeflis vaya con cuidado.

—¿Por qué, qué es lo que temes?

—He visto sus propios ojos y, la verdad, no sé qué pensar.

—Ya viene Tabalot con los cafés.

—¿Va a reprogramarme, comandante Gelos? —preguntó el androide.

—No, ya sirves bien, ¿para qué hacerlo? Además, no eres de propiedad. Por cierto, aún no has dicho quién te programó.

—El servicio de socorro en el espacio.

—¿Y quién es el jefe de ese servicio?

—No lo sé.

—Está bien. Ve a la sala de motores pro-taquiones y comprueba que todo esté en orden. Tú estás muy bien programado para conducir solito esta cosmonave.

—En seguida.

Cuando el androide se hubo alejado, Maragda preguntó:

—¿Cómo ha podido controlar la cosmonave él solo?

—Tiene una ventaja sobre nosotros los humanos.

—¿Que no duerme?

—Ni come, ni precisa ir al gimnasio ni comunicarse con los demás. Nosotros hemos de establecer turnos para poder soportarlo, a él le basta con una constante comunicación con el cerebro central de la cosmonave para obtener datos y coordinarlos, ya que ha sido programado.

—Si compraras un androide de esa clase podrías viajar por el espacio con menos personal de tripulación.

—Es cierto, pero creo que me volvería loco. ¿Te imaginas pasar millares de horas en el espacio con la única compañía de un androide sin sentimientos?

—La verdad es que no.

—Prefiero llevar amigos y una compañía femenina para alegrar los ojos.

—¿Sólo para eso? —preguntó Maragda, sonriendo.

—Hablemos de otra cosa, Maragda. Mira, identifica a los posibles enfermos que yo avisaré a Xeflis. Hay que investigar el asunto, no sea cosa que todos nos pongamos enfermos o en situación difícil, pero no lo comentes; los científicos, aunque son muy cerebrales, podrían ponerse nerviosos.

—¿Ni con Owerson?

—Ni con él. Si pregunta algo, dile que venga a hablarme a mí. Llevaremos este asunto con cuidado para que no haya más problemas, podría tratarse todo de una mala digestión.

—Está bien, pero yo no creo que se deba a una mala digestión.

—¿A qué entonces?

—No lo sé, pero no me gusta. Hubieras visto sus miradas, no podría explicarlo, pero eran muy extrañas.

CAPITULO IV

Se había deslizado por una barra de acero para descender así dos plantas. Anduvo apenas cuatro pasos por un corredor y abrió una puerta que correspondía a una dependencia habilitada para almacén.

Dentro estaba uno de los científicos viajeros y detrás de él, flotando en el aire, Xeflis vio algo que le dejó atónito.

Aquello tenía forma de cerebro y estaba muy cerca del científico.

Xeflis, en una reacción brusca, descubrió una caja grande de plástico duro y transparente en uno de los anaqueles, la cogió y capturó aquella cosa, encerrándola.

—¿Qué pasa? —preguntó el científico, volviéndose. Absorto en su trabajo, no se había dado cuenta de lo que ocurría a su espalda.

—¡Mire que había detrás de usted! —exclamó Xeflis mostrándole la caja con la cosa que acababa de capturar.

—¿Qué es esto?

La forma de cerebro había desaparecido y ante los ojos perplejos del joven Xeflis, aquella cosa había pasado a ocupar totalmente el interior de la amplia caja de plástico.

—Qué raro... Tenía forma de cerebro.

—¿Cerebro? Yo sólo veo un gas espeso y lechoso. ¿Qué clase de gas es?

—No lo sé.

—Se podría analizar.

—Ya veremos. ¿Usted no sabe nada de esto?

—¿Yo, qué iba a saber?

—Bien, hasta luego.

—¡Eh, espere! le pidió el científico. ¿Me lo deja analizar?

—No, ahora no, tengo que mostrárselo al comandante Gelos.

—Está bien, pero si decide analizarlo, me gustaría hacerlo yo.

Estoy especializado en análisis de gases y dinámica de los mismos.

—Y así, a ojo, ¿qué le parece?

—No sé, no he visto nunca nada semejante, parece como si tuviera algo de radiactividad.

—¿Por qué lo dice

—Fíjese. Apagó la luz y la caja permaneció iluminada.

—No es nada extraño, depende de la composición del gas, pero yo diría que es gas ectoplasmático.

—¿Ectoplasmático?

—Sí, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque el ectoplasma es un gas lechoso y con luz propia que los seres vivos pueden despedir de su propio cuerpo, pero sólo en casos muy especiales.

—¿Y qué forma puede adoptar el gas? Bueno, acabo de decir una tontería...

—No, no ha dicho ninguna tontería, joven. Los gases tienen la forma del recipiente que los contiene y si no están dentro de un recipiente, adoptan diversas formas en el espacio según la presión de los gases que a su vez le rodean, pero en el caso del ectoplasma es distinto.

—¿Ah, sí?

—Sí, puede adoptar la forma que desee el sujeto que desprende ectoplasma de su propio cuerpo.

—Creo que todo esto lo va a tener que explicar al comandante Gelos.

—Con mucho gusto. De todos modos, todo lo que he dicho sólo es una posibilidad. Lo más seguro es que se trate de una burbuja de gas que, por alguna causa, se ha desprendido de la sala de pro-taquiones.

—Sí, es lo más probable. De todos modos, yo he viajado mucho tiempo en una cosmonave como ésta y no he conocido fugas de esta clase de la sala de pro-taquiones.

—Siempre puede haber una primera vez.

Xeflis se fue a la sala de pilotaje y control donde se hallaban sus compañeros y el propio comandante Gelos le dijo:

—Te estábamos esperando. Xeflis.

—Veréis, he ido a buscar algunos útiles para la enfermería cuando me he encontrado con esto —dijo, mostrando la caja.

Gland Gelos, Traull y la mismísima Maragda se lo quedaron mirando, interrogantes.

—Qué es eso, Xeflis?

—Lo he capturado con esta caja, flotaba en el aire y os juro que tenía forma de cerebro.

—¿Forma de cerebro? —repitió Maragda.

—Sí, pero al encerrarlo en la caja ha dejado de tener forma y ha quedado así, como un gas lechoso con luz propia, escasa pero luz propia.

—¿Seguro?

—Sí, Gland, seguro.

—¿Y qué crees que es en realidad?

—Uno de los pasajeros, no sé cómo se llama, dice que puede ser gas ectoplasmático.

—¿Ectoplasmático? —gruñó Traull—. Eso es cosa de brujería.

—Huy, no vamos a creer en brujas en la era de la galaxia, ¿verdad? se rió Xeflis.

—El ectoplasma no es cosa de brujería si no de parapsicología puntualizó Maragda. Lo despiden los cuerpos humanos y adopta la forma que desea la mente que lo expulsa de su propio cuerpo.

—El ectoplasma es un gas físico con peso y si está ahí encerrado, es que no se trata de cosas raras opinó Gland Gelos De todos modos, siempre existe la posibilidad de que alguno de los pasajeros, en estado de angustia, haya expulsado de su cuerpo una cantidad indeterminada de ectoplasma.

—Por lo que yo sé, el ectoplasma regresa al cuerpo de donde ha

salido —observó Maragda.

—En ese caso, alguien a bordo ha perdido una parte de sí mismo.

—Xeflis, déjalo ahí, nos encargaremos de analizarlo.

—El científico ha dicho que podría analizarlo él mismo.

—¿Y quién es ese científico?

—Pues, no lo sé.

—Averígualo, luego consultaremos a Owerson; así no podrá decir que no contamos con él.

—Entiendo, hay que darle un poco de trabajo.

—Eso es, Xeflis, un poco de trabajo para el gruñón. Deja eso por ahí encima.

—De acuerdo, voy a buscar al científico.

Maragda intervino

—¿No sería mejor pedir a la computadora que nos dé los rostros de los pasajeros en la pantalla y que Xeflis lo señale? Así sabremos el nombre y la profesión del mismo.

—Maragda, pareces olvidar que esta computadora central no es la de nuestra cosmonave.

—Por probar no perdemos nada insistió la mujer.

Xeflis dejó la caja de plástico transparente que parecía para guardar fiambres y se acercó a la pantalla. Maragda accionó el teclado para consultar a la computadora central.

Mientras todos clavaban sus ojos en la pantalla, en la sala entró el androide Tabalot.

Sigilosamente, se acercó a la caja plástica y levantó la tapa.

De inmediato, el gas adoptó una forma de espiral que, como un muelle, se disparó con rapidez, alejándose hacia la rejilla del canal de aireación.

Filtrándose por la rejilla, desapareció. El androide Tabalot, viendo que no habían reparado en él y actuando con la astucia propia de un ser humano, desapareció de la sala.

—Este, éste es —dijo Xeflis, señalando un rostro.

Qué raro, la computadora también tiene todas las fichas de los científicos.

—Alvarado, J.P. Alvarado.

—Pues, pediremos a J. P. Alvarado que analice ese ectoplasma o lo que sea.

—Sí, se lo voy a llevar. El hará un análisis a fondo, ya verán. —Xeflis se acercó a la caja y quedó perplejo ante ella—. ¡Ya no está!

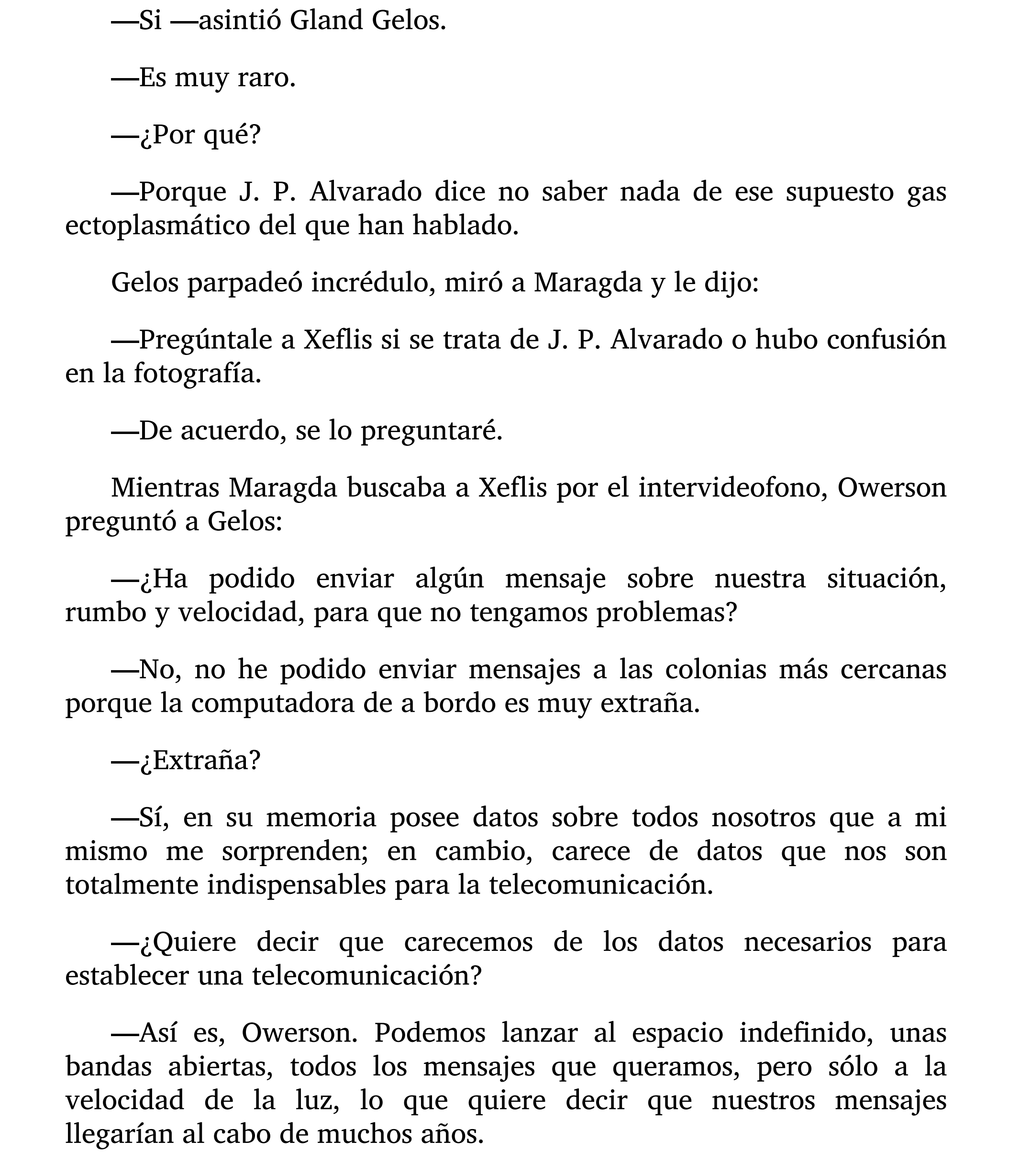
—¿Cómo que no está?

—Parece que se ha disuelto.

—Es absurdo —comentó Gland Gelos. ¿Disolverse dentro de la caja?

—Así es, aquí no esta.

CAPITULO V



—¿Qué es esa historia del gas ectoplasmático que ha desaparecido? —preguntó Owerson.

—Alvarado lo vio.

—¿J. P. Alvarado? —preguntó Owerson.

—Si —asintió Gland Gelos.

—Es muy raro.

—¿Por qué?

—Porque J. P. Alvarado dice no saber nada de ese supuesto gas ectoplasmático del que han hablado.

Gelos parpadeó incrédulo, miró a Maragda y le dijo:

—Pregúntale a Xeflis si se trata de J. P. Alvarado o hubo confusión en la fotografía.

—De acuerdo, se lo preguntaré.

Mientras Maragda buscaba a Xeflis por el intervideofono, Owerson preguntó a Gelos:

—¿Ha podido enviar algún mensaje sobre nuestra situación, rumbo y velocidad, para que no tengamos problemas?

—No, no he podido enviar mensajes a las colonias más cercanas porque la computadora de a bordo es muy extraña.

—¿Extraña?

—Sí, en su memoria posee datos sobre todos nosotros que a mi mismo me sorprenden; en cambio, carece de datos que nos son totalmente indispensables para la telecomunicación.

—¿Quiere decir que carecemos de los datos necesarios para establecer una telecomunicación?

—Así es, Owerson. Podemos lanzar al espacio indefinido, unas bandas abiertas, todos los mensajes que queramos, pero sólo a la velocidad de la luz, lo que quiere decir que nuestros mensajes llegarían al cabo de muchos años.

—Pero en la banda de los sub-taqui…

—Para esa banda, la exactitud de las coordenadas es indispensable; creí que usted lo sabía, Owerson.

—Naturalmente que sé que los mensajes de los sub-taqui son rectilíneos y a súper mach luz.

—Pues si lo sabe, se dará perfecta cuenta de que desconociendo los datos precisos y exactos de las colonias u otras cosmonaves o estaciones siderales, no es completamente imposible comunicarnos con ellas y no sólo eso, si no que tampoco podemos dirigirnos a las bases coloniales espaciales a la alta velocidad a la que viajamos, seria un suicidio.

—Entonces, ¿adonde vamos a ir?

—Parece que la computadora de a bordo sólo posee los datos del planeta Tierra, que es hacia donde nos dirigimos.

—Owerson iba a decir algo, pero en aquel instante, Maragda localizaba a Xeflis en uno de los almacenes de la cosmonave.

—¡Xeflis! —le interpeló.

—Ah, eres tú, Maragda. ¿Qué ocurre?

—Comprueba que el científico al que reconociste a través de la fotografía de la pantalla es J. P. Alvarado.

—¿Comprobación personal?

—Sí.

—¿Por qué, qué pasa?

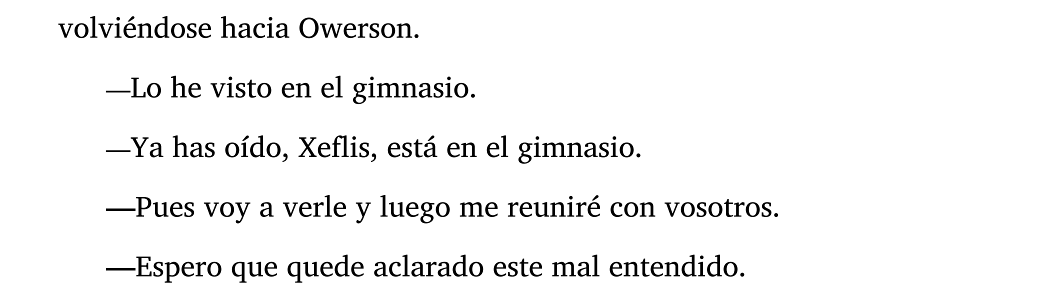
—Pues que el tal J. P. Alvarado dice que él no ha visto nada de ectoplasma.

—No es posible, debe fallarle mucho la memoria.

—Owerson dice que tú estás confundido y que, después de todo, no hay pruebas del gas ectoplasmático.

—Es muy raro. Existe la posibilidad de que me ha ya confundido de cara, todos esos científicos me parecen iguales, pero lo comprobaré. ¿Dónde está ahora J P. Alvarado?

—¿Sabe dónde está J.P. Alvarado? —preguntó Maragda,



volviéndose hacia Owerson.

—Lo he visto en el gimnasio.

—Ya has oído, Xeflis, está en el gimnasio.

—Pues voy a verle y luego me reuniré con vosotros.

—Espero que quede aclarado este mal entendido.

—Owerson, se comporta usted como el mariscal del grupo de científicos y no es más que uno de ellos.

—Soy su representante, elegido por ellos.

—Representante nada más, no se pase. Aquí si no vamos a tener comunicación con nadie del exterior hasta que prácticamente lleguemos al planeta Tierra, nuestro destino es lo único que interesa.

Owerson abandonó la sala de mandos y Traull comentó:

—Es un tipo insoportable, no me gustaría tenerlo de jefe en parte alguna.

—Si fuera jefe de verdad, no se comportaría como lo hace objetó Gland Gelos. Actúa de esa manera porque está frustrado y esta ocasión le va muy bien para vocear.

—A eso se le llama complejo de inferioridad, ¿verdad? —preguntó Maragda, sonriendo.

—Exacto, complejo de inferioridad, porque el de superioridad no existe, digamos que es una forma de complejo de inferioridad disimulada.

Se entregaron a sus respectivos trabajos para que la cosmonave mantuviera su rumbo sin error según los datos que les proporcionaba la computadora central.

Gland Gelos había preferido desplazar al androide Tabalot y ocuparse ellos del control y pilotaje pese a que el androide había demostrado ejecutar muy bien su labor.

—¡Eh! —gritó Traull de pronto.

—¿Qué sucede? —preguntó Gland Gelos, alertado.

—Parece que algo se ha desprendido de la cosmonave.

—¿De la Jonc-212? —preguntó Maragda.

—Sí, lo tengo localizado en el radar, aún está muy cerca.

—Rápido, telecámara control remoto, hay que averiguar qué pedazo de la cosmonave hemos perdido.

Maragda consiguió mover la telescopía exterior y pasó a la pantalla la imagen tridimensional captada.

—¡Qué horror, es Xeflis! —exclamó.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gland Gelos al ver al joven cosmonauta, aquel muchacho que él mismo enseñara a navegar por los espacios interestelares de forma práctica después de que consiguiera su titulación teórica como cosmonauta.

Xeflis flotaba en el espacio y se distanciaba lentamente de la cosmonave, aunque seguía también a gran velocidad por el espacio sideral, una velocidad millones de veces superior a la de los meteoritos, ya que llevaba la misma velocidad que la cosmonave, impulsada por pro-taquiones, menos la pequeñísima velocidad que le había separado de la cosmonave, alejándole de ella.

—¿Cómo ha podido salir sin traje de supervivencia?

—Ahora ya es tarde, Xeflis ha muerto —se lamentó Traull.

Podían ver el cuerpo de Xeflis flotando en el espacio sideral, con un fondo de estrellas y planetas. Vestía las ropas normales y tenía los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, semejaba mirarles.

—Hay que recuperar el cadáver dijo Gland Gelos.

—¿Crees que merece la pena? —preguntó Traull.

Maragda inquirió:

—¿Vamos a dejarle flotando en el espacio para siempre?

—A la velocidad que cruza el espacio y sin detectar suprarradar para evitar los meteoros e incluso los planetas, antes de cien horas se habrá desintegrado.

Gelos, sombrío, dijo:

—Hay que averiguar lo que le ha ocurrido.

—¿Crees que no ha sido un accidente? —preguntó Traull.

—Xeflis no es tan idiota como para abrir una escotilla después de

haber pasado por la cámara de despresurización. Además, las dos puertas van unidas automáticamente; cuando una está abierta, la otra está cerrada. Es imposible que haya saltado al exterior sin el traje de supervivencia. Yo mismo iré a rescatar el cadáver de lis.

—Es muy peligroso a la velocidad con que viajamos.

—Lo sé.

—Un fallo y desaparecerás en el espacio infinito,—le advirtió Maragda.

—Maragda, controla tú la cosmonave, Traull estará a tu lado si no vuelvo.

—Gland, eso es correr un riesgo innecesario, Xeflis ha muerto.

—Soy consciente de los riesgos que voy a correr, pero si no rescato el cadáver de Xeflis, no sabremos lo que le ha ocurrido. Ah, y no deis la alarma general.

—¿Top secret? —preguntó Maragda.

—Sí, por el momento. Si alguien ha tenido que ver con. la muerte de Xeflis, le cazaremos, pero no hay que decir nada.

—¿Nadie, absolutamente nadie debe enterarse? —preguntó Maragda.

—Nadie. Están ocurriendo demasiadas cosas extrañas a bordo de esta cosmonave, sólo faltaba la muerte de Xeflis.

Dicho esto, Gelos se alejó y Maragda tomó la decisión de cerrar la puerta de la sala de control dejando en el exterior encendido el rótulo rojo de «prohibido el paso».

CAPITULO VI

Gland Gelos sabía muy bien a lo que se exponía; salir al espacio exterior con la súper alta velocidad que llevaba la cosmonave Jonc-212 era un riesgo muy grande.

Podía romperse el equilibrio de velocidad entre él y la cosmonave y sería succionado por el espacio sideral como un gigantesco y voraz remolino.

En cuestión de segundos, entre él y la cosmonave habría una distancia de millones de kilómetros que ya jamás se podría recuperar y Gland quedaría flotando en el espacio a la espera de la muerte que llegaría al consumirse el aire comprimido que llevaba consigo en la mochila de supervivencia.

Nadie se había percatado de que se introducía en una de las cámaras de despresurización que daban al exterior. Allí se había vestido con el traje espacial, equipándose con un auto-monocohete para desplazarse fuera de la cosmonave.

La puerta que daba al exterior se abrió cuando ya se había aspirado todo el aire de aquella pequeña antesala del espacio.

Las estrellas aparecieron ante él visibles pero moviéndose; era como una lluvia estelar que atravesaban debido a la gran velocidad que llevaban.

Era el momento decisivo. Salió al exterior caminando y quedó en el aire flotando junto a la cosmonave.

Encendió el auto-monocohete que llevaba a la espalda e inmediatamente se remontó por encima. Buscó con la mirada a Xeflis y lo vio lejos, demasiado lejos. Paulatinamente se había ido alejando de la cosmonave por la popa, debido seguramente a que no había salido de ella caminando sino disparado.

Voló hacia el joven Xeflis que flotaba en el espacio con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada, de esta manera le había sorprendido la muerte.

Ningún ser humano podía aguantar sin el traje de supervivencia la falta de presión en torno a su cuerpo y, en consecuencia, la falta de aire para respirar.

Consiguió llegar hasta Xeflis. Miró hacia atrás y vio a la cosmonave peligrosamente lejos.

—Gland, Gland, te alejas demasiado, corres el riesgo de no poder regresar —le advirtió Maragda por el telecomunicador; su voz sonaba angustiada.

—No estoy demasiado lejos.

—Sí lo estás. El equilibrio de la velocidad paralela puede romperse en cualquier instante y desaparecerás en el espacio para siempre.

Lo que le decía Maragda era una verdad irrefutable, pero el miedo no le hizo retroceder.

Cogió a Xeflis de la mano y entonces descubrió otras cosas que flotaban en torno a éste; eran algunos pedazos de plástico y recipientes de alimentos envasados ya vacíos.

—¡Regreso! —dijo por el telecomunicador.

—Pronto, pronto —le pidió Maragda.

Aumentó al máximo la potencia del auto-monocohete que llevaba a la espalda y que le proporcionaba un impulso adicional al que ya llevaba de la propia cosmonave y regresó con el cadáver de Xeflis cogido de la mano.

El auto-monocohete comenzó a perder fuerza, ya que había puesto al máximo el consumo para regresar a la cosmonave, el chorro blanco de propulsión se debilitaba y aún no había alcanzado la cosmonave. Se había alejado excesivamente de ella.

—¡Gland, Gland! —casi gritó Maragda a través del telecomunicador.

—No te asustes le respondió.

—¡Se te acaba la energía del auto-monocohete!

—Me falta poco para llegar —replicó, haciendo gala de su mayor sangre fría.

Había llegado casi a tocar la cosmonave, pero estaba muy lejos de la puerta por la que saltara al espacio.

Sus dedos apenas tocaron un saliente pero actuaron como garfios, agarrándose a él. Un último impulso y pegó una de sus botas al fuselaje para avanzar sobre éste sin soltar de la mano izquierda el

cadáver de Xeflis que había quedado totalmente congelado y, al mismo tiempo, su rostro se quedaba al recibir los rayos cósmicos que en el lugar donde se hallaban parecían más intensos.

—¿Lo has conseguido, Gland? —le preguntó Maragda. Estás fuera de visión.

—Sí, he logrado pegarme a la cosmonave con las botas magnéticas.

—Uf, qué susto nos has dado.

—Ahora entraré. Dile a Traull que prepare una camilla para acostar a Xeflis.

Avanzó por el exterior de la cosmonave hasta hallar la entrada. Introdujo a Xeflis y luego pasó él, cerrando la puerta. La cámara o vestíbulo de acceso a la cosmonave comenzó a llenarse de aire hasta conseguir la presión atmosférica justa.

Traull estaba ya al otro lado con la camilla preparada. Pusieron el cadáver de Xeflis sobre ella, pero estaba abierto de manos y pies y no cabía.

—Está congelado, no hay forma de pegarle los brazos al cuerpo y ajustarle las piernas.

—Lo llevaremos a la sala de pro-taquiones; allí, el calor lo pondrá más blando. Le daremos la forma adecuada y lo introduciremos en un cartucho de conservación para que se le haga la autopsia al llegar a la Tierra.

—¿Crees que ha sido un accidente?

—¿Un accidente? No creo que Xeflis se haya metido dentro del tubo de expulsión de desperdicios para salir disparado hacia el espacio como si fuera basura.

—Entonces, ¿piensas que ha sido lanzado al exterior por el tubo de los desperdicios?

—Sí, propulsado con gases nocivos. Es obvio que ha sido metido a la fuerza dentro del tubo y luego disparado hacia el espacio, causándole así la muerte. De no haberle descubierto tú de inmediato, no sabríamos lo que ha ocurrido y estaríamos buscándolo por toda la cosmonave.

—¿Quién crees que lo ha metido en ese tubo para asesinarlo?

—Eso lo tendremos que averiguar nosotros, Traull.

—No entiendo. ¿Quién ha querido asesinarlo? Si en la cosmonave sólo estamos nosotros y los pasajeros que nos fueron encomendados.

—Eso es lo que hemos creído hasta ahora. Por lo visto hay alguien más, alguien al que debemos descubrir.

—Hemos revisado la cosmonave de arriba abajo, salvo que te refieras al androide Tabalot.

—El puede estar en combinación con quien le haya programado.

—Hablas como si esta cosmonave fuera una trampa.

—Mucho me temo que lo es.

—Lo que dices es grave.

—Quiénes son, lo ignoro y también dónde se esconden y lo que se proponen. No sabemos nada de ellos, pero estoy seguro de que existen y que tienen mucho que ver con ese cerebro ectoplasmático que capturó. Xeflis.

—¿Crees que eso pudo costarle la vida?

—Eso y que quizás averiguó algo más antes de que lo asesinaran.

Tras descongelar el cadáver de Xeflis, lo introdujeron en un cartucho para su conservación, tal como disponían las leyes de la Confederación Terrícola sobre los viajes espaciales.

Cuando se volvieron, el androide Tabalot estaba tras ellos mirándoles a través del cristal del casco que protegía su cerebro electro biótico.

—Tabalot, ayúdanos a colocar el cartucho en el conservador.

—Orden recibida, orden recibida.

Introdujeron en el conservador el cartucho con el cadáver de Xeflis.

Gland Gelos dio un paso atrás, movió su brazo, levantó los dedos y pulsó un resorte casi imperceptible que se hallaba en la base del yelmo que cubría la cabeza artificial.

El androide dejó escapar un casi imperceptible pitido y se quedó inmóvil como una estatua.

—¿Lo has detenido?

—Sí. He necesitado observarlo en varias ocasiones hasta averiguar cuál es el resorte de detención de este robot y aún no estoy seguro.

—¿De qué?

—De que esté parado del todo.

—¿Crees que aunque parezca detenido nos puede estar observando aún?

—Es una posibilidad.

—¿Y qué hacemos?

—Abre el congelador.

—¿Vas a introducirlo en uno de los huecos, como si fuera otro cadáver?

—Sí.

—Los alambres y transistores no se congelan —le observó Traull.

—Pero las células biónicas y los aceites, sí.

—Pues, manos a la obra. Ya que no te fías del androide, mejor tenerlo parado y congelado.

Lo dejaron encerrado en el conservador de cadáveres y se alejaron en dirección a la sala de pilotaje y control donde Maragda se hallaba sola al mando de toda aquella gran cosmonave que surcaba los espacios interestelares de la Galaxia.

CAPITULO VII

Gland Gelos, que dormía en su camarote aprovechando al máximo su período de descanso, se despertó al oír el pitido del avisador que salía del videófono que tenía junto a la litera.

Se volvió a mirarlo, tenía la luz roja encendida. Pulsó el botón de conexión de pantalla y apareció el rostro femenino nimbado de cabellos rubios.

—¿Qué pasa, Maragda?

—¿Te he despertado? —preguntó ella a través del videófono.

—No importa eso. ¿Qué sucede?

—Quiero hablar contigo.

—¿Ahora?

—Disculpa, es que estoy muy nerviosa.

—¿Y Traull?

—Al mando.

—Bien, puedes venir a mi camarote, si no te importa.

—Sí, en seguida voy.

Cuando Maragda llegó al camarote del comandante de la Jonc-212, éste ya la esperaba, sentado en la litera y fumando un cigarrillo de mentobacco.

—¿Qué te sucede, Maragda?

Ella miró hacia atrás, como temerosa.

—Es algo inconcreto, pero me ha puesto nerviosa.

—¿Inconcreto, has dicho?

—Sí.

—Anda, siéntate en la butaca y fúmate un cigarrillo de

mentobacco, calma los nervios y no produce cáncer ni enfisema pulmonar.

—¿No sospechas siquiera quien pueda ser el asesino de Xeflis?

—Puede haber sido el androide, ignoramos cuál es su programación. De todos modos, está detenido y cuando lleguemos a la Tierra, será desmontado y analizado.

—¿Recuerdas que oí gemir a dos de los viajeros?

—Sí. ¿Has notado que algún otro pasajero se haya sentido mal?

—No, exactamente no les he oído gemir, pero sí he notado sus miradas.

—¿Qué pasa con ellas?

—Yo vi las miradas de un hombre y una mujer después de gemir; habían cambiado, era como si se hubiesen convertido en seres distintos, extraños; sin embargo, podían responder a lo que se les preguntara.

—¿Quieres decir que hay otros que parecen haber sufrido la misma transformación que supones?

—Sí, he visto miradas que no me han parecido normales, no sé cómo explicarlo, estoy nerviosa.

—Te sientes como vigilada, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Yo también.

—¿Tú también lo has notado?

—Sí, pero no había querido decir nada para no poneros nerviosos a ti y a Traull. He notado que algunos rostros, como tú dices, no son normales.

—¿Crees que aquella cosa que Xeflis consiguió capturar tiene algo que ver?

—Sí, estoy convencido.

—Xeflis dijo que era como un cerebro ectoplasmático que se hallaba detrás de uno de los pasajeros, lo que el tal Alvarado negó después.

—Xeflis no mentía.

—Sí, lo sé.

—No puedo consultar a fondo la computadora central de esta cosmonave porque no me fío de ella, pero por lo que sé del ectoplasma, puede regresar al interior del cuerpo humano.

—¿Y cómo entra?

—Por la boca, por la nariz, por los ojos.

—¿Y en qué parte se sitúa luego?

—No sé, parece ser que el cuerpo humano lo absorbe.

—¿Podría ser de verdad que hubiera un cerebro ectoplasmático que se introdujera en las cabezas de los pasajeros?

—Uno o varios.

—¿Varios?

—Sí, podía haber un cerebro ectoplasmático para cada uno de los pasajeros.

—Es horrible lo que dices.

—Sí, horrible—, pero tengo la impresión de que alguien lo preparó todo para que nosotros viniéramos a esta cosmonave y de esta forma tenernos controlados.

—¿Crees que para nosotros también habrá cerebros ectoplasmáticos?

—Es una posibilidad.

—Tengo mucho miedo. ¿Qué crees que puede ocurrir si ese cerebro ectoplasmático se introduce en nuestras cabezas?

—Por lo que parece, no se muere, pero…

—¿Se pierde la personalidad?

—Sólo son hipótesis.

—Tenemos que hacer algo, Gland.

—Lo mejor será interrogar a uno de los que supuestamente han cambiado de personalidad.

—¿Y si buscáramos el lugar de donde salen los cerebros ectoplasmáticos?

—Lo buscaremos, pero hay que tomar precauciones. No sabemos cuántos de los viajeros han tenido que tragarse a esos cerebros flotantes.

—¿Crees que si se dan cuenta de que vamos a descubrirlos nos atacarán?

—¿Te olvidas de lo que le ocurrió a Xeflis?

—Pero ¿qué puede ser todo esto y para qué?

—No lo sé. Doy vueltas a este asunto y pienso que son un puñado de científicos prácticos muy importantes; cada uno de ellos ocupará un lugar clave dentro de nuestros sistemas operacionales, industriales y milicianos.

—¿Crees que anulando a estos científicos perderíamos a hombres insustituibles?

—Pienso que no hay nadie insustituible; la Confederación tiene a otros científicos quizás menos brillantes para ocupar sus puestos y no ocurriría nada.

—¿Entonces?

—El problema puede radicar en que los científicos, sigan adelante, ocupen sus puestos de trabajo en sus respectivos empleos y entonces es cuando todo se pone peor porque si sus mentes están controladas por fuerzas desconocidas, realizarán el trabajo de modo que se convertirán en saboteadores potenciales.

—Comprendo. Ellos podrían prepararlo todo para una invasión extraterrestre.

—Así es. Les allanarían el camino y nadie podría detenerlos porque nuestras defensas, por ejemplo, dejarían de funcionar. Es una hipótesis, pero es así.

—Entonces, no debemos llegar al planeta Tierra para que eso no ocurra.

—Antes hemos de averiguar muchas cosas, Maragda, entre ellas si han atacado a todos los científicos o sólo a unos pocos. Por otra parte, me temo que no tenemos el control de la cosmonave como pensamos.

—¿Qué quieres decir? La estamos tripulando nosotros.

—Es lo que creemos, pero no podemos desviarla de la ruta que le impone el cerebro central de la cosmonave y ese cerebro no lo hemos programado nosotros, sino que ya estaba programado al llegar aquí.

—Eso explicaría el que no hayamos podido comunicarnos con ninguna estación espacial ni colonia terrícola extraterrestre.

—Si, y que no poseamos más coordenadas que las del planeta Tierra que es hacia donde nos dirigimos.

—Como si la idea fija fuera llegar a la Tierra… Es asombroso.

—Maragda, si ves que yo me transformo como ellos, recela de mí, desintégrame si ves que me he convertido en un peligro.

—En ese caso, si a mí me ocurre lo mismo, envíame al espacio, quiero la muerte que ha tenido Xeflis.

Aquella situación de peligro inminente, de acoso, de tener a la muerte cercándoles, les unía más. Les hacía encontrarse el uno al otro y mirarse como no lo habían hecho con anterioridad.

CAPITULO VIII

Gland Gelos buscó con sigilo en muchos puntos de la cosmonave el posible escondite de los cerebros ectoplasmáticos que luego se desplazaban flotando hacia su destino, mas no encontró nada. También había observado miradas claramente diferenciadas de las terrícolas. Eran ojos físicamente iguales, pero su mirada era distinta y lo más curioso y preocupante aún era a quienes adquirían aquel mirar distinto, ya no se les veía solos en parte alguna de la cosmonave, siempre iban en parejas o formando tríos.

—Oiga, comandante Gelos...

—Ah, hola, Owerson.

Observó que Owerson iba acompañado de dos personas, un hombre y una mujer, ambos tenían la mirada dura e inhumana. Se fijó entonces en los ojos de Owerson y éstos le parecieron normales.

—¿Dónde está el androide?

—¿Se refiere a Tabalot?

—¿A quién, si no? No hay otro.

No sé, estará descansando, porque nosotros ya pilotamos perfectamente la cosmonave en dirección al planeta Tierra.

—Como no se ve al androide por parte alguna.

—Bah, sólo es un robot.

—Pero él es la única inteligencia que hemos encontrado en esta cosmonave después de nuestro siniestro y sería mejor que estuviera cerca de la sala de control por...

—¿Si ocurre alguna avería?

—Sí.

—Si se presenta la avería, le buscaremos a él, pero esta cosmonave la conozco a la perfección y tengo muchas ganas de llegar al planeta Tierra sin novedad. Me tomaré unas buenas vacaciones.

—¿De veras todo va bien?

—¿Y por qué iba a ir mal, Owerson? Por cierto, tenemos que jugar

una partida de ajedrez.

—¿Qué dice ahora? —exclamó, perplejo.

—Tengo qué ganarle una partida de ajedrez porque usted se cree muy inteligente y yo pienso que no lo es tanto como supone.

—Bueno, el ajedrez no es mi fuerte; sin embargo, para ganarle a usted comandante Gelos…

—De acuerdo. Nada me complacerá más que darle una paliza.

—Gland Gelos cogió el hombro a Owerson en actitud muy amigable, dejando atrás a quienes le acompañaban como si ellos nada tuvieran que ver en aquel duelo de ajedrez.

—¿Tanta prisa tiene en jugar al ajedrez? —le preguntó Owerson, intrigado.

Gland empujó a Owerson al interior de un lavabo; tras comprobar que estaban solos, le dijo:

—¿No ha notado nada raro?

—¿Raro, qué iba a notar?

Owerson, sorprendido, miraba a Gland Gelos con recelo.

—Ha habido un cambio en las personalidades de sus colegas.

—Pero ¿qué está diciendo?

—¿No ha notado sus miradas? Son diferentes.

—Sigo sin entenderle.

—Pues, será preciso que lo haga. Estamos en una situación de verdadera emergencia.

—No he visto ninguna señal de alarma.

—Es una emergencia secreta. Una parte de sus colegas, no sé en qué proporción, ha sufrido un cambio de personalidad.

—¿Por qué?

—Me temo que sus mentes ya no les pertenecen.

—¿Ah, no, a quién pertenecen, entonces. —Digamos que a seres extraños que se han metido en sus cerebros, ocupándolos.

—¿Hay droga a bordo?

—¿Lo dice porque cree que estoy loco?

—Pues...

—Owerson, no es una broma. Ustedes son muy importantes en los lugares clave de la investigación y defensa de la Confederación Terrícola y si dejan de ser ustedes mismos, quiero decir que otra personalidad distinta y alienígena les domina, son un peligro potencial para la seguridad de nuestra civilización.

—Me temo que sufre usted un ataque de manía persecutoria fantasiosa.

—No es fantasía, Owerson, es un problema grave. El hombre y la mujer que le acompañaban, los dos colegas que tenía a derecha e izquierda hace unos momentos, ya no eran los mismos, su personalidad ha cambiado, son extraños y peligrosos.

—¿Ah, sí, y en qué se les nota? rezongó, irónico.

—En la mirada.

—No me haga reír.

—Está bien, no lo crea, pero no le hable a nadie de esta conversación. Yo buscaré a los que aún no estén transformados y los pondré en guardia.

—¿Cómo, vamos a ir todos armados, vigilándonos mutuamente?

—Pues, se lo recomendaría.

—Ya está bien. Entonces, ¿lo del ajedrez sólo ha sido un pretexto para alejarme?

—¿Ya se ha dado cuenta?

Comandante Gelos, me temo que le ha afectado más de lo que parece la destrucción de su cosmonave.

—Un momento, Owerson, no se vaya aún —le ordenó cogiéndolo por el brazo, imponiéndole su fuerza física, muy superior a la de Owerson—. Un hombre que se dio cuenta de lo que sucedía ha sido asesinado.

—¿Asesinado, qué broma es ésta?

—Un cadáver no es ninguna broma.

—¿El cadáver de quién?

—De Xeflis, mi ayudante.

—¿Xeflis, aquel joven cosmonauta que…?

—El mismo.

—Lo ignoraba.

—Salvo los que tripulamos esta cosmonave, no lo sabe nadie más, a excepción del asesino o los asesinos, claro.

—¿Y está seguro de que se trata de un crimen?

—No me cabe ninguna duda.

—Lo pensaré.

—Piénselo pronto y no hable a nadie de lo que le he dicho, todos corremos un grave riesgo. Esta cosmonave es una trampa en la que nos hemos metido para ‘sobrevivir, lo extraño es que la cosmonave fuera idéntica a la que yo pilotaba. Es como si esas fuerzas alienígenas hubieran provocado la destrucción de nuestra propia cosmonave para obligarnos a subir a ésta.

—Me parece muy complicado todo lo que me cuenta.

—Ha costado darnos cuenta de lo que pretenden.

—Pero, ¿quiénes son?

—Sólo sabemos que toman forma de ectoplasma y adoptan la morfología exterior de un cerebro flotante.

—Está bien, no diré nada, pero no acabo de creerme lo que me ha contado.

Gland Gelos le dejó marchar. Aquel tipo le reventaba, pero tenía que ponerlo en antecedentes, no pedían ser sólo Traull, Maragda y él quienes controlasen una situación tan delicada mientras viajaban por el espacio interestelar a velocidad multi-super mach-luz, sin poder contactar con nadie.

Molesto por la actitud siempre entorpecedora de Owerson, abandonó el aseo.

Iba a ser muy difícil investigar a todos los científicos uno por uno

para averiguar quiénes podían haberse convertido ya en alienígenas.

Se dirigió a la sala de control y pilotaje; allí estaban Maragda y Traull, con la puerta cerrada.

—¿Cómo sigue todo? —preguntó Gland

—Bien —respondió Maragda—. Seguimos comprobando todos los circuitos de control de dependencia

—Revisad todas las dependencias, una por una. En alguna parte ha de estar el nido.

—Hasta ahora no hemos descubierto nada extraño —dijo Traull. Mantenemos una vigilancia completa, hasta del entorno exterior de la cosmonave.

—¿Y el rumbo?

—No varía. Vamos rectos, como un dardo láser, al encuentro de nuestra madre Tierra.

Se dejó caer en su butaca. Maragda, solicita, le preguntó:

—¿Quieres tomar alguna bebida? Tienes cara de cansado.

—Llevo horas recorriendo la cosmonave y no encuentro nada que pueda llevarnos a la solución de todo el lío en que estamos metidos.

—Te hemos localizado en varias ocasiones gracias a las telecámaras.

—Mejor. Recordad que en ningún momento debéis estar solos, ellos también van emparejados. Lo malo es que cada vez resulta más difícil encontrar a algún científico que no se haya transformado y cuando me topo con uno, se lo cuento todo y no me cree.

—¿Owerson?

—¿Quién, si no? —respondió Gland a Traull.

Maragda opinó:

—Con ese estúpido no podemos contar.

—Tendré que tomar una actitud drástica para averiguar algo más de lo que ya sabemos.

—¿Drástica, emplear las armas?

—Traull, creo que no iría mal que nosotros tres por lo menos fuéramos armados. Cuando ellos sean mayoría, nos podrán dominar con facilidad, máxime empleando la sorpresa. En algún momento hemos de dormir si no queremos volvernos locos.

—¿Y de dónde vamos a sacar armas? —preguntó Traull , Esta no es nuestra cosmonave y las lanzaderas las dejamos abandonadas a suerte.

—Si esta cosmonave es idéntica a la nuestra, debe tener armas en alguna parte.

—Una cosa más a buscar —dijo Maragda.

—De todos modos, como arma podemos utilizar cualquier cosa.

—Yo puedo preparar unas pistolas suprasónicas caseras —dijo Traull.

—Pues, ya puedes ponerte manos a la obra.

—Utilizaré piezas no fundamentales de los circuitos electrónicos, ni siquiera se notará su falta.

Gland Gelos no estaba muy seguro de que con las armas de tipo artesanal que Traull pudiera hacer con sus manos, consiguieran defenderse del ataque de unos alienígenas porque a los que ya habían cambiado su personalidad, el control de su cuerpo y de su mente y que llevaban dentro de sí a otro ser que los dominaba, debía de considerarlos enemigos.

No obstante, estaba dispuesto a defender caras las vidas de sus amigos y la suya propia.

CAPITULO IX

Owerson había conseguido reunir en la sala de ocio a la totalidad de sus colegas científicos a los que representaba en aquel viaje para ponerse en contacto con la tripulación.

Les había estado hablando empleando sus habituales tonos de soberbia, jactanciosos en algunos casos.

—...Y ha tratado de convencerme de que hay unos seres alienígenas a bordo de esta nave de composición ectoplasmática, lo que me parece completamente absurdo, no resistiría a las leyes físicas y biológicas. Les hablo así para que estén en guardia, opino que está llevando muy mal la pérdida de su cosmonave y ve fantasmas por todas partes. Hay que saber llevarlo con cuidado y no dejar que ponga el recelo entre nosotros para salirse con la suya. De todos modos, hemos de estar tranquilos porque esta cosmonave de S.O.S. se dirige automáticamente hacia nuestro destino que es el planeta Tierra donde nos esperan para que ocupemos nuestros respectivos puestos, fundamentales para la defensa, la industria y la investigación práctica.

—¿Y el androide que controlaba la cosmonave antes de que llegáramos? —preguntó uno de los científicos, observándole a través de sus microlentillas incorporadas a los globos oculares.

—Ha desaparecido.

—¿No sería mejor buscarlo? propuso una mujer científico.

—Mejor que buscar, diría rescatarlo, porque el comandante Gelos lo habrá escondido para que no intervenga en el control de la cosmonave.

—Sería bueno encontrarlo, colocarlo al frente de la cosmonave y encerrar al comandante Gelos en un camarote para que no intervenga propuso otro de los científicos.

Una de las mujeres presentes objetó:

—Eso podría ser constitutivo de delito, sería motín en el espacio y el motín espacial está castigado con las penas máximas.

Owerson añadió:

—Si pudiéramos demostrar que es un psicópata, aunque sea

temporal a causa de la pérdida de su cosmonave, tendríamos una justificación y no correríamos peligro a bordo de la cosmonave.

—Buscaremos al androide por toda la cosmonave propuso uno.

—Mientras no lo haya desarticulado, dejándolo inservible masculló otro.

Una mujer preguntó:

—¿De verdad creen que el comandante Gelos es peligroso?

Lo es, no les quepa ninguna duda insistió Owerson—. Sufre de manía persecutoria grave y está poniendo en peligro nuestras vidas. Corremos el riesgo de sufrir un accidente y en esta cosmonave ya no tendríamos salvación como la vez en que no quedó muy claro cuál fue la avería que sufrimos. Lo que todos sabemos es que puso la propulsión de los pro-taquiones al máximo y hubo incendios y recalentamiento en la sala de pro-taquiones, un recalentamiento irreversible que terminó con la desintegración de la cosmonave y menos mal que esta cosmonave de socorro espacial llegó antes de que fallecieran por falta de aire.

Algunos no parecieron dar ninguna importancia a aquella situación pero otros sí y decidieron buscar al androide y vigilar de cerca a Gland Gelos.

Owerson, en la estupidez de su soberbia, reflejo de un complejo de inferioridad que había arrastrado siempre, no aceptó las miradas de muchos de los que le rodeaban.

Owerson creía haber puesto en marcha su plan de aniquilación del hombre que desde un principio había considerado su enemigo por menospreciarlo.

—Owerson, hemos hallado algo importante.

—¿Ah, sí, Denia, y qué es?

—Venga y lo verá usted mismo.

Owerson se puso a la altura de la científico colega suya pero joven y no con los años de vida orgánica que él llevaba encima.

Anduvo a su paso.

—¿De qué se trata?

—Pronto lo sabrá, usted mismo se sorprenderá.

—Es magnífico que hayan encontrado algo, Denia, magnífico. Pronto podremos desenmascarar a ese comandante Gelos; no podemos olvidar que todos estuvimos a punto de morir por su culpa y nosotros somos muy importantes, El gobierno de la Confederación tendrá que tomar las medidas oportunas, claro que si se ha vuelto loco, lo mejor será un tratamiento intensivo. Pobre, ya le compadezco.

—Es aquí, pase.

Denia abrió la puerta de la enfermería.

Owerson vio que allí, reunidos, había cinco colegas más y dijo sonriente:

—Ya somos más.

Denia cerró la puerta y otro de los presentes pidió a Owerson:

—Tiéndase en la camilla.

—¿Yo? —preguntó, desconcertado.

—Si, usted.

—¿Para qué? Si me encuentro bien.

—Sólo es una prueba. Owerson le dijo Denia.

—¿Qué clase de prueba?

—No se lo pidieron más; lo cogieron entre cuatro y a viva fuerza lo tendieron sobre la camilla.

—¡Eh! ¿Qué hacen?

—Cállese o será peor —!e dijo Denia ahora tajante, con mucha dureza.

—¿Qué significa esto? —chilló Owerson viendo como le sujetaban los miembros a la camilla con correas, de tal modo que no podía moverse.

Se dio cuenta tarde de que aquello no era ninguna broma. Miraba a unos y a otros, sujeto como estaba en la camilla, con las abrazaderas de nylon.

Todos se volvieron hacia la rejilla por la que entrabe la aireación. Aguardaron apenas segundos y Owerson vio entonces como una especie de serpiente ectoplasmática que se filtraba por el enrejado y se

dirigía hacia él.

Aquella cosa se detuvo frente a su rostro y se enroscó sobre si misma formando una esfera que luego se transformó en un cerebro.

—¡No, no! gritó Owerson.

Aquel cerebro ectoplasmático que apenas debía pesar, pues flotaba en el ambiente de gravitación artificial en el que se movían, emitió un fino pitido.

El cerebro se acercó más y más a su rostro, se pegó contra los ojos y Owerson comenzó a gemir. Todos le observaban atentos hasta que aquel cerebro blancuzco desapareció entre los ojos de Owerson que seguía gimiendo y debatiéndose en la camilla hasta que dijo:

—Ya está.

Tras haber asimilado aquel cerebro, Owerson semejó tranquilizarse y su mirada cambio, ya no era la misma.

Había dejado de ser quién era para transformarse en uno más de aquellos seres que poco a poco se iban adueñando de los cuerpos de los terrícolas que regresaban a la madre Tierra.

CAPITULO X

Por precaución, Gland Gelos había rehuido a los científicos que iban en parejas o en grupos superiores. Ignoraba lo que podían hacerle, todavía resultaba un enigma sin posible explicación, pero el ambiente de la cosmonave se tornaba cada vez más y más hostil.

—Gland.

—Si, Maragda.

—¿Puedes venir a la sala de control?

—¿Algo importante?

—Ahora mismo estoy contigo.

Había visto el rostro de la joven por el videófono y le había parecido nervioso. Tenía que averiguar de inmediato qué le ocurría, por ello avanzó rápido por los corredores hasta llegar a la puerta que daba acceso a la sala de control que estaba cerrada.

Los golpes de contraseña que habían acordado y, sigilosamente, Maragda le franqueó la entrada.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Pasa, pasa—le pidió. Cerró la puerta y dijo—: Esto se pone muy feo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —insistió Gland.

—He hecho una grabación que quiero que veas antes de decirte nada, prefiero que juzgues por ti mismo.

Gland Gelos se acodó frente a una de las pantallas que poseía la sala de control y comenzó a visionar el video. Pudo ver la reunión de la enfermería y la desgraciada suerte de Owerson.

—Estúpido, se lo advertí —masculló en tono bajo, sintiéndose impotente para remediar aquella situación.

—Lo he cogido por casualidad y he puesto en marcha la grabadora de video, es una prueba importante. Xeflis lo había descubierto, por eso lo mataron. Lo que quiere decir que con nosotros no va la cosa opinó Maragda.

—No estés tan segura, no sé hasta dónde llegarán , sus planes, pero lo que sí es evidente es que si ellos llegan al planeta Tierra suplantando la personalidad de los científicos, es decir, que llegan los cuerpos de los científicos con las mentes ocupadas por los cerebros ectoplasmáticos, nuestra civilización correrá un gran peligro. Hemos de evitarlo, puesto que sólo nosotros sabemos lo que ocurre aquí.

—¿Qué haremos?

—Tenemos tiempo aún. Por lo visto, nosotros debemos ser los últimos de la lista.¿Y si ya están todos atrofiados?

—Creo que quedan algunos indemnes, pero no sé cómo avisarlos. Si hago una llamada general, tampoco me creerán.

—Debemos aislarnos, romper todo contacto con ellos.

—Se me ocurre una solución.

—¿Cuál?

—Espera que venga Traull. ¿Dónde está?

—No lo sé, supongo que fabricando sus artilugios suprasónicos.

Escucharon los golpes de contraseña y ambos se miraron. Maragda se adelantó y abrió con cuidado.

—Traull...

—Abre, vengo cargado.

Efectivamente, Traull llegaba cargado de extrañas piezas electrónicas.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Gland Gelos.

—No es tan fácil hacer pistolas suprasónicas de artesanía.

Señalándole el cúmulo de piezas le preguntó:

—¿Crees que con todo eso las harás?

—Seguro, he desmontado al androide.

Maragda, asombrada, exclamó:

—¿Todas esas piezas las has sacado del interior del cuerpo del androide?

—Sí, tenía muchas piezas importantes que me van a servir, lo que no creo es que alguien pueda ya volverlo a poner en marcha.

—Lo habrás destripado —comentó la muchacha, divertida.

—Sólo le he hecho una autopsia electrónica. —Y sonrió, burlón.

Maragda seguía con el ceño fruncido, preguntándose cuál sería el plan de Gland Gelos.

Si el medio centenar de científicos se transformaban en alienígenas al recibir en sus mentes aquellos extraños y malignos cerebros ectoplasmáticos, iba a ser muy difícil que ellos tres pudieran hacerles frente sin contar con que cualquiera de ellos, Traull, Maragda o el mismísimo comandante Gelos, podían recibir el horrendo tratamiento que a la fuerza había sufrido Owerson.

CAPITULO XI

—¡Comandante Gelos, comandante Gelos!

Se volvió hacia el final del corredor que estaba en penumbra, como si algunas luces fallasen. La mujer ingeniero en telecomunicaciones se hallaba al fondo y estaba sola, lo que hizo confiarse a Gland Gelos.

—¿Le sucede algo?

—Venga, hay un hombre caído.

Fue hacia ella, rápido.

—¿Dónde?

—En esta habitación, no sé qué le pasa.

Se abrió la puerta del camarote que estaba a oscuras. Gland iba a dar un paso hacia adelante, pero se contuvo; se volvió hacia la hermosa científico y le pidió:

—Pase usted y encienda la luz.

Denia se adelantó pero, de pronto, le cogió por la muñeca y la mano femenina estuvo muy lejos de ser una mano frágil y delicada. Se había convertido en una verdadera tenaza en tomo a la de Gland.

Trató de sacudírsela de encima cuando aparecieron tres hombres por la puerta. Comprendió que había caído en una burda trampa, tendida por la aparente ingenua mujer científico.

Dos manos se adelantaron para sujetarle, pero Gland Gelos respondió con un contundente puntapié que alcanzó en el bajo vientre a uno de los atacantes que se fue hacia atrás, empujando a los otros dos.

Sin dudarlo un instante, se volvió hacia la mano que le sujetaba diciéndole:

—Lo siento, preciosa —le propinó un golpe seco de karate con el canto de su diestra.

Se escucharon unos crujidos, la mujer palideció pero no gritó.

Su mano dejó de tener fuerza y Gland Gelos se la sacudió de

encima en una acción que apenas duró un par de segundos.

Sin embargo, ya habían aparecido dos hombres más, dos científicos transformados que se abalanzaron sobre él y Gland Gelos tuvo que seguir luchando. Tenía que emplear la máxima dureza y precisión en sus golpes de karate para liberarse de ellos.

Aquellos hombres, lo mismo que Denia, parecían haber asumido una fuerza de la que sus cuerpos carecían antes; sin embargo, no tenían la elasticidad que sí demostró Gland Gelos ni su precisión al aplicar golpes de karate.

Aquello le hizo salir victorioso momentáneamente, pues cuando los vio rodar por el suelo no esperó a que se recuperaran y echó a correr. Tampoco quería llegar al punto de tener que matar para defender su vida.

Consiguió meterse en el elevador que le subió hasta el nivel tercero.

Las manos de sus perseguidores rozaron sus pies y Gland Gelos tuvo que patear los dedos que trataban de retenerlo. Al llegar al tercer nivel, salió corriendo hasta llegar a la sala de control. Allí estaban Traull y Maragda que le abrieron cuando llamó con la contraseña.

Suspiró.

—¿Qué ha pasado? —gruñó Traull.

—Las cosas se han puesto feas.

Maragda inquirió:

—¿Te han atacado?

—Sí. Creo que me tenían preparado el mismo tratamiento que a Owerson.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la joven, Ahora estamos acorralados.

—Sí, eso parece —admitió Gland Gelos.

—Lo malo es que aquí dentro no vamos a poder resistir mucho tiempo —advirtió Traull, Carecemos de agua y de alimentos.

—¿Has acabado de construir las armas?

—Falta muy poco, pero con los materiales que he conseguido, no

estoy seguro de que sean ninguna joya.

—Pues date prisa, es posible que tengamos que utilizarlas muy pronto.

—¿Dispararemos a matar? —preguntó Maragda.

Hubo un instante de silencio antes de que Gland Gelos se decidiera a responder.

—Si nos obligan, sí.

—Si vamos armados, podremos ir a buscar alimentos —propuso Traull.

—¿Pueden haber venido hasta aquí? —preguntó Maragda, poniendo en marcha las cámaras interiores que les permitían escudriñar las dependencias de la cosmonave Jonc-212 desde la sala de control.

El corredor del tercer nivel aparecía vacío; se extrañó.

—No hay nadie.

—Pues, me seguían muy de cerca.

—¿Les has dado fuerte? —preguntó Traull.

—No creo que sean los golpes lo que les detengan. Es posible que hayan llegado a pensar que si nos atacan aquí, en la sala de control y pilotaje, corren un gran riesgo.

—¿De que la cosmonave haga «¡baaaaam!» y nos convirtamos en microestrellas? —preguntó Traull, moviendo sus brazos expresivamente.

Si nosotros nos viéramos perdidos y acorralados, lógicamente podríamos destruir la cosmonave y todos nos convertiríamos en plasma cósmico. Eso destruiría sus planes de usurpación de cuerpos humanos terrícolas, ya no podrían controlar los puestos científicos más importantes para preparar la invasión de los cerebros ectoplasmáticos.

Maragda, que seguía tratando de controlar las dependencias de la cosmonave, preguntó:

—¿Podemos considerarnos seguros aquí dentro?

—No, mientras no tengamos todo lo necesario respondió Gland

Gelos.

Traull observó:

—Parece como si no pasara nada.

—No quieren ponernos en una situación muy difícil mientras estamos aquí, controlando la cosmonave.

—¿Esperarán a que estemos desprevenidos? —preguntó Maragda.

—No sabemos los planes inmediatos que tienen, lo que si parece evidente es que querían convertirme a mí en uno de ellos.

—Eso habría sido nuestra perdición.

—Queda claro que ahora ya todos son de los suyos —dijo Maragda —. Todos han tenido que tragarse por los ojos esos cerebros flotantes y han dejado de ser científicos para convertirse en enemigos.

—¿Os dais cuenta de que si a nosotros nos ocurriera algo ellos llegarían a la Tierra explicando cualquier historia que les conviniera y seguirían adelante con sus planes sin que nadie se los entorpeciera?

—Es cierto —admitió Maragda— hasta la cosmonave es la misma. Posiblemente en astropuerto no notarían que esta no es la cosmonave, es como si la anterior Jonc-212 no hubiera existido, por eso ésta tiene todas las numeraciones idénticas a tu cosmonave, Gland. ¿Te has dado cuenta?

—Sí, ya me he dado cuenta de que tratan de hacer pasar esta cosmonave por la mía. Posiblemente, las extrañas radiaciones que destruyeron nuestra cosmonave fueron lanzadas desde esta cosmonave que nos aguardaba en un punto determinado del espacio, conociendo nuestra ruta de antemano.

—Eso quiere decir que sabían nuestra partida —dijo Traull.

— Imagino que si.

—Está claro que no nos harán nada mientras permanezcamos refugiados aquí —dijo Traull

—En cierto modo estamos a salvo.

—Será muy difícil permanecer aquí con más de quinientas horas de viaje por delante, habrá que ir a buscar agua y alimentos —dijo Maragda.

—Iré yo —dijo Traull.

Se pudieron oír varios chasquidos consecutivos y luego una palmada que fue una manifestación de alegría.

—¡Ya está! —exclamó Traull.

—¿La tienes lista?

—Sí. Hay que admitir que es un poco casera y que tiene poca forma de pistola, pero no dispongo de maquinaria para hacer algo más decente. Para disparar este cacharro hay que usarlo con las dos manos, pero por contra tiene el dardo suprasónico graduable.

—¿La probamos? —preguntó Gland Gelos.

—Sí, pero ¿contra qué? Nos exponemos a destruir algo de lo que nos rodea y sería fatal hasta para nosotros mismos.

—Un momento. Esta cosmonave me la conozco palmo a palmo, como si dijéramos, la he mamado.

—Gland comenzó a caminar de un lado a otro da la sala de control y pilotaje; en realidad, contaba los pasos y marcaba el suelo hasta que se detuvo en un punto concreto.

—Aquí.

—¿Piensas agujerear el suelo? —preguntó Traull.

—Sí, vamos a abrir aquí una escotilla, si es que ese chisme que has construido funciona.

—Pondremos una medida fina y cortante suprasónica y veremos qué tal —dijo Traull. Mirando luego a Gland Gelos, preguntó: ¿La quieres cuadrada o redonda?

—En forma de huevo.

Ajustó el aparato a la medida deseada, apuntó al suelo y sujetando el arma con ambas manos, oprimió un resorte.

Aquel artilugio suprasónico comenzó a agitarse y Traull tuvo dificultades para sujetarlo entre sus manos, pero resultó muy efectivo.

No se veía nada, pero en el suelo comenzó a abrirse una línea, el metal se micropartía.

La pieza que quedó cortada en forma oval no cayó porque Gland

Gelos la sujetó con un pedazo de metal haciendo leve palanca.

—Vamos, afuera con ella.

Entre los dos hombres consiguieron levantar el pedazo de suelo que se había constituido en tapa y miraron hacia abajo.

La salita del control de los tanques de aire.

—Espero que no se metan por aquí —dijo Traull, mirando hacia abajo.

—Tú ten listas las otras armas. Ellos controlarán ahora el nivel tercero y con más exactitud,

el corredor que da acceso a la salita de los controladores de atmósfera artificial y la temperatura de toda la cosmonave. Este segundo nivel no estará tan controlado y por

aquí podremos traer alimentos y agua que nos servirán para seguir adelante.

—¿Mientras ellos piensan que estamos muriéndonos de sed? —preguntó Traull, sonriente.

—Esa es mi idea. Hay que ofrecerles un aspecto sonriente y tranquilo, demostrarles que controlamos nosotros la situación y no ellos. Si conseguimos llegar bien al planeta Tierra, ellos estarán perdidos.

—Sí, pero cuando vean que pasan las horas y no pedimos agua, se pondrán nerviosos y decidirán emplear otros métodos más directos y agresivos —observó Maragda.

—Cuando llegue ese momento, ya veremos cómo les replicamos, pero de lo que ya deben empezar a estar seguros es de que jamás conseguirán sus propósitos.

—¿Estás seguro de que podremos impedírselo? —preguntó Traull.

—Sí, aunque es posible que nosotros también desaparezcamos el espacio para siempre. Por lo menos, yo no doy importancia a mi muerte si conseguimos salvar a nuestra civilización de la invasión de los cerebros ectoplasmáticos. ¿Y vosotros?

—Cuenta conmigo para morir —le dijo Maragda.

—Y conmigo, aunque nadie se entere luego de nuestro sacrificio para salvar a la humanidad terrícola.

CAPITULO XII

Traull, como muy ingenioso que era, había conseguido hacerse con un carrito eléctrico que cargó con agua y alimentos variados que le parecieron suficientes para resistir y no sucumbir ante la inanición.

Tuvo que pasar sigilosamente ante unas puertas tras las cuales había científicos que ya no podían considerarse terrícolas si no alienígenas.

Llegó hasta la salita repleta de manómetros que controlaban las presiones de los tanques de aire comprimido y de termómetros que regulaban la temperatura constante del aire para enviarlo a las distintas dependencias.

Se encerró por dentro y dio un largo silbido. La tapadera del techo fue abierta y mediante una cuerda fueron izados los alimentos y el agua. Luego, trepó Traull y volvieron a colocar la tapa del techo.

A aquella tapa le habían añadido unas gafas metálicas para que quedara sujeta e incluso se pudiera caminar por encima.

—¡Oh, leche y todo! —aprobó Maragda.

—Hay más cosas que he podido traer, bebidas refrescantes, pomelo y unas cajetillas de mentobacco. ¿Os imagináis hablar por el videófono mientras miramos a esos alienígenas fumándonos un cigarrillo tan tranquilos? Reventarían de rabia.

—Opino lo contrario —dijo Gland.

—¿Lo contrario? —repitió Maragda, sorprendida.

—Sí, hay que ponerles mala cara, así seguirán esperando y retrasarán cualquier otra medida más drástica en nuestra contra. Deben pensar que en cualquier momento vamos a pedir socorro, a entregarnos y mientras continuaremos pasándolo bien.

—Así es.

—Por ahora no volverás a salir a por más cosas, Traull, es correr un riesgo innecesario.

—Opino que podemos burlarnos de ellos gracias a la trampilla.

—No tientes excesivamente a la suerte, puede darte la espalda.

Se alimentaron y descansaron un poco sin perder de vista el corredor que daba acceso a la sala de control y pilotaje a través de las telecámaras.

—Voy a salir —dijo de pronto Gland Gelos—. Tengo algo muy importante que llevar a cabo.

—¿No correrás un riesgo excesivo? —le preguntó Maragda.

—Dime cómo están en la sala de ocio.

Maragda movió los diales correspondientes y una de las pantallas les ofreció la imagen de la sala de ocio. Allí había casi dos docenas de científicos que parecían distraerse sin más problemas.

—Los otros andarán dispersos por ahí, puedes toparte con ellos en cualquier momento.

—De todos modos, es un riesgo que he de correr; debo ir al núcleo del cerebro electrónico central.

—Yo puedo ver cómo están los corredores antes de que tú llegues y a cada videófono que te encuentres, ponte en contacto conmigo.

—Me parece buena idea.

—Por su parte, Traull dijo:

—Yo me voy a poner a descansar, así podré relevaros luego. Sería estúpido que los tres nos cansáramos hasta el agotamiento, debemos relevarnos.

Gland Gelos levantó la tapa del suelo y llevándose consigo el arma suprasónica que fabricara Traull, descendió a la salita de control de la atmósfera artificial que poseía aquella cosmonave que surcaba el espacio interestelar a terrible velocidad.

Abandonó la salita y pasó al corredor, estaba vacío. Tenía que llegar al corazón de la cosmonave, hasta el nivel cero. Vio un videófono en el corredor, pulsó el botón y pudo ver de inmediato el rostro de Maragda en la diminuta pantalla de siete pulgadas.

—Hola, Gland.

—¿Cómo está el acceso al elevador?

—Un momento. —Hubo unos segundos de silencio y luego reapareció el rostro femenino—. El elevador está libre.

—Bien, voy hacia él, descenderé al nivel cero.

—Ahora veré qué hay en el nivel cero. Si en algún momento estás en peligro inminente, pondré en marcha la alerta roja aunque sea por espacio de cinco segundos.

Gland penetró en el elevador y bajó hasta el nivel cero. El corredor seguía vacío.

Conocía muy bien la cosmonave, hubiera podido avanzar a ciegas por sus dependencias y pasillos.

Se introdujo en una estancia repleta de relés de controles automáticos y desde allí, por una puerta metálica casi disimulada, pasó al cerebro central de la cosmonave, pero un sistema electrónico de protección le cerraba invisiblemente el paso.

Gland sabía que si no anulaba aquel control, se dispararían las alarmas, nadie debía filtrarse en el santuario del cerebro electrónico central.

—Maragda, ¿me oyes?

—Sí le respondió por el videófono que estaba a su alcance.

—Enfréntate con el panel de alarmas.

—Ya lo estoy.

—Verás una tecla cuadrada de color verde en la que hay una «V».

—Sí, la veo.

Vas a pulsarla y encima de la tecla verás un indicador, si marca cien, me lo adviertes.

—Maragda hizo lo que le indicaba y dijo:

—Ahora marca cien y debajo ha salido un número.

—¿Cuál?

—Veinte.

—Esos son los segundos que tengo.

Conocía aquel sistema de control. Quien había programado al centinela electrónico lo había hecho para que nadie pudiera permanecer más de veinte segundos allí dentro; sólo quien conociera muy bien aquel corazón repleto de cassettes con cintas magnéticas,

colocadas una al lado de la otra y ocupando docenas de anaqueles, precisaría menos de veinte segundos para encontrar lo que buscaba y Gland Gelos lo conocía.

Rápidamente, trepó por una escalera metálica hasta llegar al anaquel deseado.

Buscó con la mirada hasta descubrir una cassette concreta. La extrajo y se la guardó en un bolsillo.

Descendió rápidamente y salió de aquel santuario repleto de cintas magnéticas que componían la memoria del cerebro electrónico central antes de que se cumpliera el plazo de veinte segundos.

—¡Gland, Gland!

—Sí.

Maragda, desde la mini-pantalla del videofono, le advirtió:

—El veinte es un cero.

—Ya no importa. Movió la cassette en su mano y dijo: Todo ha ido bien, ahora voy a regresar.

Maragda le facilitó el camino para llegar al elevador.

En el nivel dos se encontró cara a cara con dos de los científicos que, al reconocerle, de inmediato se abalanzaron sobre él tratando de capturarle.

Uno de ellos iba provisto de un tubo metálico que utilizó como arma para golpear la zurda de Gland Gelos.

Gland se defendió disparando el arma suprasónica y tumbó a uno de los atacantes que semejó cuartearse en segundos mientras el otro recibía un fuerte empujón que lo introducía en el elevador que siguió subiendo hacia niveles superiores.

Gland corrió hacia la salita control de la atmósfera artificial, se encerró dentro y silbó.

Maragda levantó la tapa y Gland trepó hacia lo alto. Volvió a colocar la tapa y suspiró.

—Has tenido problemas, ¿verdad?

—He eliminado a uno de ellos, imagino que les va a sentar muy mal.

—Si, se pondrán furiosos. ¿Qué crees que harán ahora?

—No sé con qué mentalidad piensan los cerebros ectoplasmáticos que ocupan ahora el interior de los cráneos de los científicos.

—¿Pueden venir a atacarnos?

—Es una posibilidad, pero hay algo que ellos ignoran.¿Y qué es?

—Esto. —Les mostró la cassette que acababa de sustraer

—¿Qué significa?

—Pertenece a la memoria del cerebro central.

—Sí, ya lo veo por el color.

—Aquí dentro están las coordenadas para hallar el planeta Tierra en el espacio galáctico. Esta cassette corrige automáticamente el rumbo si surge una desviación en la ruta; con esta cassette colocada en el cerebro electrónico no hay posibilidad de equivocarse en la búsqueda del planeta Tierra. A la velocidad conque viajamos por los espacios interestelares, la vista o la intuición no sirven para nada; no se puede buscar a un planeta a ojo, viajando a multi-super mach luz, es imposible.

—Pero, si tú tienes esa cassette en tus manos, jamás podremos llegar al planeta Tierra. Si la cosmonave sufre una ligerísima desviación, no llegaremos nunca. Unas décimas de grado en un punto se convierten en una separación fantástica del objetivo al viajar distancias de años-luz.

—Exacto: la más mínima variación nos desviaría de la ruta para siempre, sin posibilidad de recuperar el buen camino hacia la Tierra, pero imagínate si encima yo conectara los cohetes de babor o estribor.

—Entonces, la desviación sería brutal.

—Mientras yo tenga esta cassette, ellos jamás llegarán al planeta Tierra, por lo menos en esta cosmonave.

—Es una buena jugada. ¿Piensas decírselo?

—Si nos acosan, sí.

—¿Y mientras?

—Continuamos en ruta. Tengo calculadas las horas, minutos y segundos que tardaremos en el acercamiento a nuestro planeta, pero

ellos ya no podrán calcularlo. Esos cerebros ectoplasmáticos han cometido el error de apoderarse primero de los cuerpos y los cerebros de los científicos; yo, en su lugar, me habría adueñado antes de la personalidad de los tripulantes de la cosmonave. Ese error, que en mi opinión han cometido, van a pagarlo caro; les impediremos llegar a su destino.

—¿De verdad crees que podremos conseguirlo?

—Sí. De lo que no estoy tan seguro es de que vivamos para contarlo, pero si nosotros morimos, ellos van a viajar más de lo que esperaban. Se van a ir a los confines de la Galaxia y eso no les va a gustar nada. Ahora, de momento, vamos a gastarles una broma pesada…

—¿Qué tipo de broma? —quiso saber Maragda.

—Primero hay que sujetar bien la puerta.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya lo verás.

Y volvió a deslizarse por la trampilla practicada en el suelo, llevando la pistola suprasónica en sus manos.

CAPITULO XIII

—Funciona bien, ¿verdad? —inquirió Traull, satisfecho de su obra.

Las resistencias eléctricas producían un agradable claro que se esparcía por la sala de control y pilotaje.

El aire que penetraba por los conductos de aireación era gélido y había que combatirlo con aquella primitiva estufa eléctrica construida por Traull en plan de emergencia.

Después de calentarse las manos y estremecerse un poco delante de la estufa, Maragda se encaró con las pantallas de televisión.

En ellas podía ver imágenes de lo que sucedía en el resto de la cosmonave.

El frío se estaba adueñando de todas las estancias. Algunos de los científicos se habían puesto encima toda la ropa que habían encontrado; otros habían optado por vestirse con los trajes de supervivencia para escapar al hedor que imperaba en la cosmonave.

Unos pocos habían preferido acercarse a la sala de protaquiones de la que siempre emanaba calor, ahora escaso porque los motores estaban detenidos, pues viajaban por el espacio interestelar gracias al impulso ya alcanzado.

Maragda comentó:

—Esto no les está gustando nada.

—Los vas a matar de frío, Gland, —le dijo Traull.

—No, no morirán de frío, pero si acaban metiéndose en los trajes de supervivencia, su torpeza de movimientos será manifiesta.

—Cuando tengan las orejas heladas y duras como el cristal, ya veremos qué hacen —observó Traull.

—Primero hay que entumecerlos hasta que están torpes; después ya veremos la forma de dominarlos.

—Yo no creo que lo consigas. Explotarán de frío aunque parezca una paradoja, pero explotarán, no dejarán que les ganemos la partida cuando ellos se consideran dueños de la situación.

—Ya veremos qué deciden hacer; de momento, como vemos por las pantallas, los tenemos a raya. Ya saben que podemos replicar a sus ataques y llegar a destruirles. También estarán comprobando que el frío no es bueno para sus cuerpos y que poca cosa pueden hacer para atacarnos. Cuando nos hallemos muy cerca del planeta Tierra pondré en marcha los retro-cohetes para frenar la cosmonave y reducir su velocidad al mínimo. Entonces nos pondremos en contacto con las autoridades de nuestro planeta para que ellos decidan lo que hay que hacer con nuestros pasajeros.

—No nos dejarán llegar —dijo Maragda, pesimista. Tratarán de vencernos de alguna forma.

—Nosotros tenemos el control de la cosmonave puntualizó Traull.

—Yo voy a descansar —dijo Gland—. Dentro de cinco horas me despiertas, Maragda.

—No temas, serás despertado.

—Vigila las pantallas. Si ves que alguien se acerca por el corredor, despiértame de inmediato.

Transcurrieron los minutos.

Maragda no perdía de vista las pantallas, no sabía en qué momento podían reaccionar los pasajeros alienígenas.

En cualquier momento podían disponerse a avanzar para tomar la sala de control y pilotaje.

Mientras los tres cosmonautas tuvieran el mando de la cosmonave y no pudieran ser atacados por los cerebros ectoplasmáticos, éstos se sentirían perdidos, aunque debían confiar en el factor tiempo.

Hasta que la cosmonave no llegara cerca del planeta Tierra, no se sentirían en peligro; tenían que someter o eliminar al trío de cosmonautas porque eran los únicos seres que podían explicar que los científicos ya no eran de fiar. Habían dejado de ser ellos mismos para convertirse en vehículos portadores de los extraños cerebros que ni siquiera se habían dado a conocer.

—Me voy a dar una vuelta.

—¿Cómo dices? —preguntó Maragda, perpleja ante las palabras de Traull.

—Sí, que me voy a dar una vuelta. He de traer algunas cosas que

nos faltan, café, mentobacco y algo que caliente, aquí también se nota el frío. Nosotros no tenemos los trajes de supervivencia que tienen ellos.

—No lo intentes, Traull, te vas a meter en problemas.

—Bah, no será tanto. Ahora, con el frío en el tuétano, esos sabelotodo convertidos en alienígenas no podrán moverse con facilidad.

—Gland no lo aprobaría.

—Gland Gelos está acostumbrado a dejarnos actuar con libertad, cuando lleves más tiempo con él lo sabrás, tenemos una disciplina un poco especial. No pasará nada, voy armado.

—No salgas.

—Vamos, vamos, si no supiera que estás enamorada de Gland te daría un beso.

—No digas tonterías.

—No digo ninguna tontería, él también te ama, sólo que cuando está de viaje, en misión de servicio como este transporte de científicos, se vuelve digamos duro como el diamante. Si lo vieras cuando llega a los planetas a divertirse, es el que más camorra arma y no te voy a engañar, tiene mucho éxito con las mujeres.

—¿Y me lo dices a mi? —se sonrió la joven.

—¿Puedo preguntarte si él se ha dado cuenta ya?

—¿De que le amo?

—Sí.

—Lo mismo que yo me dado cuenta de que él me ama a mí.

—Magnífico. Cuando decidáis aparejaros delante de la computadora de paz, me avisáis, seré vuestro padrino humano.

—¿Y traerás a algún amigote androide? —se burló Maragda mientras sus ojos verde claro, sonrientes pero tristes al mismo tiempo, parecían esconder la amarga verdad.

—Lo más probable es que aquel aparejamiento no llegara a celebrarse jamás, había demasiadas posibilidades de que no salieran con vida de aquel extraño viaje espacial en que habían sido invadidos

por los cerebros ectoplasmáticos.

Traull, un hombre jovial cien por cien, desapareció por la trampilla abierta en el suelo. Sabía que iba a pasar frío y por ello, una de sus primeras acciones sería la de buscar ropa.

Abrió la puerta de la salita de control de la atmósfera artificial donde Gland Gelos había estado manipulando para que el aire que se distribuía por todas las dependencias de la cosmonave no se calentara.

Traull se alejó por los corredores.

El intenso frío le obligó a moverse aprisa, tenía la impresión de estar metido en un frigorífico. Si se detenía, sus manos y sus orejas se entumecerían.

Encontró la dependencia de guardarropía y observó que allí ya faltaba casi todo.

—Diablos, se han abrigado con todo lo que han encontrado.

Halló una casaca que le venía grande, pero se puso encima y también un casco. Buscó más ropa en derredor y no la encontró.

—Ni trajes de supervivencia han dejado aquí —gruñó, molesto.

Abandonó el pequeño almacén.

Había posibilidad de hallar otras prendas de abrigo y éstas podían estar junto a la lanzadera que llevaban a bordo. Pero allí, después de mucho arriesgarse para llegar a aquel lugar, tampoco encontró nada.

Sin embargo, estuvo observando la lanzadera, comprobando sus posibilidades de funcionamiento. Cerca estaban los tanques de aire que mediante unos tubos suministraban el aire supletorio necesario al circuito ambiental donde la atmósfera se renovaba constantemente, pero había un consumo irreversible.

Los gases tóxicos eran anulados por los filtros instalados en el circuito y en su lugar pasaba aire puro que partía de aquellos tanques que, en un momento dado, podían proporcionar aire suficiente para llenar toda la cosmonave en caso de fuga masiva del aire respirable existente. Uno de los tanques, el número tres, le llamó la atención.

Tenía unos tornillos flojos. Era un detalle que hubiera pasado desapercibido para quien no estuviera familiarizado con tales mecanismos de cierre, pero Traull lo detectó.

Tocó con cuidado el tanque helado, comprobó que no escapaba aire y aflojó los tornillos para abrir la puerta que era utilizada para la limpieza del interior del tanque, limpieza que se efectuaba con gran meticulosidad.

Quedó perplejo al descubrir una caja de cristal dentro de la cual una masa blancuzca se movía como poseedora de vida propia.

Aquella caja de cristal estaba conectada a un tubo de salida que iba a los circuitos de aireación y éstos se distribuían en una amplia red por toda la cosmonave para que no quedara ningún rincón sin la debida aireación.

—¡Por todas las estrellas galácticas, ya lo tengo!

Se alejó de allí hasta buscar un videófono y llamó:

—¡Maragda!

El rostro femenino apareció en la pequeña pantalla.

—Sí, Traull.

—Ya lo he encontrado.

—¿El qué?

—Lo que íbamos buscando; prefiero no decirlo por el videófono, quién sabe si nos están oyendo, pero es lo que buscábamos. Lo he descubierto dentro del tanque «tres».

—¿El tanque de qué?

—El tanque de aire... ¡Aaaag!

Traull se llevó las manos a la cabeza, se tambaleó y tuvo dificultades incluso para caer.

Tras él estaba Owerson con un garfio de acero en la mano, un garfio que goteaba sangre.

Owerson miró entonces al videófono y Maragda lo vio en su pantalla lo mismo que Owerson la veía a ella. Traull había desaparecido de imagen al hallarse a los pies de su asesino.

—¡Es horrible! ¿Por qué lo ha hecho, por qué? —gritó Maragda.

—Entregaos o acabaréis como él —silabeó Owerson despacio, mordiendo cada palabra.

—¡Asesino! —le gritó Maragda.

Gland Gelos, despertado por los gritos de la muchacha, se incorporó de un salto en su litera.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Maragda ahogó un grito. Owerson descargó su garfio contra el videófono, destruyéndolo. La imagen y el sonido se perdieron.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Gland, acercándose.

—¡Han matado a Traull!

—¡No es posible!

—Sí, había salido a buscar cosas.

—¡No!

—Ya sabes como era Traull —le dijo, echándose a llorar convulsivamente.

—Sabía que no podía salir.

—Sí, yo misma se lo dije, pero para él, esto era casi un juego.

—Ha sido uno de ellos, ¿verdad?

—Ha sido Owerson, lo he visto con mis propios ojos cuando ha golpeado el videófono, creo que me estaba golpeando a mí. Yo no sé si era odio o qué lo que despedían sus ojos.

—Esos seres se sentirán frustrados por no haber pensado antes en nosotros a la vista del peligro que ahora representamos. Están al borde del fracaso y deben haber estado preparando este plan durante mucho tiempo.

—¿Nos atacarán?

—No sé, pero les haremos frente si lo hacen.

—Traull me estaba diciendo algo, algo que él consideraba importante.

—¿Algo?

—Sí, ha dicho que lo que buscábamos está en el tanque de aire tres.

—¿Tanque de aire tres?

—Sí.

—Comprendo. Ahí dentro es donde estarán ocultos esos cerebros o ectoplasmas, lo que sea, porque aún no comprendo qué tipo de mente o programación va dentro de ellos.

—¿Y todos serán exactamente iguales?

—Lo ignoramos todo sobre ellos, Maragda, salvo que pueden desplazarse por el aire y cambiar de forma según las necesidades del momento. En realidad, esos cerebros ectoplasmáticos, una vez dentro de los cráneos de los científicos, no borran toda la memoria acumulada en sus mentes; lo único que deben hacer es cambiar su voluntad, su ideología. Owerson siempre me había parecido un estúpido, pero no un asesino.

—Lo hubieras visto después de matar a Traull…

—¿Llevaba Traull consigo la pistola supresónica?

—Sí.

—Hay la posibilidad de que no sepan de qué se trata.

—Si la utilizan, podrán atacarnos con ella.

—Tendremos que adelantarnos a sus posibles intenciones.

—¿Cómo?

Gland Gelos se sentó frente al panel de telecomunicaciones.

Abrió el circuito general de altavoces que poseía la cosmonave y habló por el micrófono.

Owerson, Owerson, sé que me escucha, usted y los demás, escúchenme todos. Sabemos perfectamente que son alienígenas, que ya nada o muy poco tienen que ver los científicos terrícolas con lo que son ustedes ahora. Han asesinado a dos cosmonautas, pero les advierto que no conseguirán llegar al planeta Tierra para ocupar los puestos claves de la ciencia y preparar así la invasión de lo que yo denominaría cerebros ectoplasmáticos, pues sé que son eso, unos cerebros que se introducen en las cabezas humanas para dominarlas, ocupando nuestros propios cuerpos. Ignoro cómo se llevará más adelante su invasión, ignoro qué forma real tienen; lo que sí sé es que si intentan un ataque a la sala de control y pilotaje donde estamos mi

compañera Maragda y yo, destruiré la cinta magnética que pertenece al cerebro electrónico central. Sin esa cinta, esta cosmonave jamás llegará al planeta Tierra, pues en ella están grabadas las coordenadas, el rumbo y las posibles correcciones para mantener ese rumbo. Esta cinta es la que lleva al planeta Tierra y ya no se halla en el cerebro electrónico sino en mis manos. Si a mi compañera o a mí nos ocurre algo, todos, aunque sea en forma de cadáver, viajaremos hacia los confines de la Galaxia sin posibilidad alguna de regresar jamás, será en vano todo. Están en mis manos, sin la cinta no llegarán nunca. Si hay que morir, moriremos todos.

Casi de un manotazo, hondamente dolido por la muerte de Traull, Gland cortó la megafonía del interior de la cosmonave.

Se volvió hacia Maragda y le dijo:

—Esto es ahora una guerra abierta entre ellos y nosotros.

—Estoy convencida de que nos atacarán. Si no lo hacen, estarán perdidos, porque nosotros los entregaremos a nuestras autoridades; en cambio, si nos matan o nos transforman en seres como ellos, en el planeta Tierra nadie se enterará de la tragedia ocurrida a bordo.

—Tenemos comida, agua y calefacción. Si nos turnamos para dormir no nos sorprenderán y haremos tiempo hasta llegar a nuestra madre la Tierra.

—Gland, Gland, estamos solos frente a esos alienígenas. Xeflis ha muerto y Traull también y no podemos ni avisar a la Tierra del peligro que corre. No podemos advertir a nadie de la tragedia, estamos solos en el universo.

Gland cogió por la cintura a Maragda con sus manos, colocándose frente a ella.

—Somos la pareja humano terrícola que debe seguir adelante, —le dijo con gravedad.

Nosotros tenemos la llave de la invasión de los cerebros ectoplasmáticos, pero quizá seamos impotentes para guardarla.

—Esa llave se llama cinta magnética de memoria electrónica y si corremos el riesgo de perderla, la destruiremos.

—Ya sabes que estoy conforme con ello. Puedes destruirla ahora mismo si lo deseas, no me importa perderme por los confines de la Galaxia sin posibilidad de regresar jamás si tú crees que así protegemos la Tierra de esta invasión.

—No nos precipitemos, Maragda, no nos suicidemos por miedo a morir. La guardaremos hasta el último instante, hasta que veamos que ya no podemos soportar más el acoso, porque como tu dices, ellos nos atacarán, no les he dejado otra salida. —La miró intensamente a los ojos—. ¿Tienes miedo, Maragda?

—No lo sé —respondió sincera—. Si estuviera sola te juro que no sería miedo lo que tuviera sino pánico, pero junto a ti, casi entre tus manos...

—Yo no soy ningún dios, Maragda.

—Eres un hombre, un hombre al que conozco bien, un hombre valiente capaz de dar la vida para salvar a sus semejantes sin que éstos lleguen a enterarse jamás del peligro que corren, un hombre que ofrece su vida en la lucha sin esperar que se acuerden de él para que le rindan honores.

—El que hace algo simplemente buscando honores no merece el reconocimiento agradecido de sus semejantes. Si éste llega en alguna ocasión, bien llegado sea, pero buscarlo sería vanidad.

—¿Te das cuenta de que esta situación peligrosa con el final maldito que nos espera nos ha hecho conocernos mejor?

—Sí, me doy cuenta. Te mantenía un poco a distancia, pero ahora podemos conocernos más profundamente.

—Ya nos queda poco tiempo.

No hizo falta que Gland Gelos la atrajera hacia sí, ella misma se apretó contra él y se fundieron en un beso infinito que sólo era el principio de lo que ambos deseaban, una comunicación total.

La muerte les rondaba y ambos no querían morir sin amarse.

Eran la pareja humano terrícola que se negaba a dejarse vencer por el acoso de las fuerzas extrañas.

Maragda notó las manos del hombre recorriendo su bien formado cuerpo de mujer y se estremeció hasta lo más íntimo mientras besaba con pasión los labios de Gland. Ya era incapaz de mantener sus ojos abiertos.

CAPITULO XIV

Maragda controlaba atentamente las pantallas.

A través de ellas escrutaba pasillos y dependencias próximas a la sala de control y pilotaje de la cosmonave Jonc-212.

No se sentía nerviosa sino relajada. De cuando en cuando, lanzaba una ojeada hacia donde dormía Gland Gelos. Se habían distribuido los turnos de descanso para estar siempre alerta.

Las horas discurrían como si ya nada pudiera sucederles.

Desde que Gland había expuesto a los cerebros ectoplasmáticos en cerrados en las mentes de los científicos cómo estaban las cosas a través de los altavoces, ya no había pasado nada más, era como si se hubieran resignado a su suerte.

Gland Gelos controlaba la cosmonave y le había advertido a Maragda que aunque todo pareciera normal, no se fiara en absoluto. Ignoraban de qué poderes podían valerse aquellos seres para lograr sus propósitos.

Miró el reloj central. Sabía el tiempo que faltaba para llegar al planeta Tierra, habían entrado ya en el sistema estelar del Sol.

El fin de aquella angustiosa odisea espacial se acercaba, los alienígenas que ocupaban los cuerpos de los científicos podían saberlo o quizá no.

Deseaba que el tiempo corriera más aprisa y llegar al fin de aquella situación, pero lo que la muchacha ignoraba es lo que estaba ocurriendo, lo que habían planeado los alienígenas.

Por entre la rejilla de protección que cubría el tubo de aireación pasó el ectoplasma, pero en esta ocasión no ocurrió como las veces anteriores, que el ectoplasma, en forma de nubecilla alargada se retorcía en espiral para formar una bola que se transformaba en un cerebro.

Ahora fueron muchas las formaciones de ectoplasma que se metamorfosearon en el aire, siempre flotando aunque a diversas alturas.

Cuando Maragda descubrió al primero de los cerebros

ectoplasmáticos, se revolvió. Al ver a docenas de ellos flotando en el centro de la sala de control y pilotaje, gritó, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, especialmente porque vio que dos de ellos se agolpaban sobre el rostro dormido de Gland Gelos.

Trataron de penetrar en él, quizás por los orificios de la nariz, ya que los párpados se hallaban cerrados.

Ante aquel grito desgarrador, Gland Gelos se despertó casi con violencia.

Ante sí lo vio todo blancuzco y manoteó en el aire apartando el ectoplasma que trataba de meterse en su cabeza para dominar su cerebro.

—¡Hay muchos, Gland, muchos!

La sala estaba llena. Los había a docenas, todo eran cerebros que flotaban a diversos niveles, rodeándoles.

Comenzaron a manotear en el aire para dispersar aquellos cerebros ectoplasmáticos que semejaban indestructibles.

—¡El casco, ponte el casco! —gritó Gland a Maragda.

Corrían el riesgo de que uno de aquellos malditos cerebros se pegara a sus rostros y a través de los ojos, se metiera en sus cráneos.

Gland Gelos vio que Maragda estaba casi totalmente cubierta por los cerebros blancuzcos que intentaba apoderarse de ella y bastaba que uno de aquellos seres se introdujera en su cuerpo para que fuera el fin de la mujer.

Lanzó un grito de rabia y se abalanzó hacia ella sacudiendo aquellas formas repugnantes de ectoplasma sideral. Cogió a Maragda y la arrastró hasta un rincón donde le colocó un casco de protección que evitaría que ninguno de los cerebros penetrara en su mente.

—¡Gland, Gland!

El propio Gland lo veía todo blancuzco, no sabía cómo quitárselo de encima.

Saltó de un lado a otro y al apoyarse sobre un panel de mandos, movió alguno de ellos con las manos.

Fortuitamente se produjo un intensísimo ruido que causó dolor en los oídos del propio Gland, pero que a su vez hizo que los cerebros

ectoplasmáticos se arremolinaran entre sí como tratando de protegerse ante lo que no podían resistir.

Aquel ruido agudísimo les dañaba de tal manera que, súbitamente, las docenas de cerebros se fundieron en uno solo, formando una enorme bola de ectoplasma que luego tomó la figura de un solo cerebro que semejaba hervir.

Incapaz de resistir más, se convirtió en una nube alargada que se introdujo por el tubo de aireación, huyendo.

A Gland Gelos le parecía que su cabeza iba a estallar ante aquel pitido amplificado que superaba los ciento cincuenta decibelios y que resultaba totalmente insoportable; de continuar, enloquecería o su cerebro se destruiría.

Movió los botones, quitó el sonido y corrió hacia la rejilla, tapándola con una plancha de plástico.

—¡Maragda, Maragda! ¿Estás bien?

Ella le miraba como desconcertada desde el interior del casco que le había protegido la cabeza y el rostro.

Le quitó el casco y la miró a los ojos. Al ver su expresión, la estrechó contra su pecho.

—Menos mal que no lo han conseguido.

—Han estado a punto, Gland, han estado a punto. Si vuelven a rodearnos...

—Ha llegado el momento de escapar.

—¿Cómo?

—Hay que evitar que nos descubran.

Se sentó ante el panel de mandos de la cosmonave y, sin vacilar, puso en marcha los cohetes de babor, lo que modificó la dirección de la cosmonave.

Los detuvo de inmediato y después se volvió hacia Maragda.

—Vamos a huir. Coge las pistolas suprasónicas.

—¿Cómo vamos a escapar?

—Esta cosmonave, con la cinta en mi bolsillo, sin un rumbo fijo,

desviada de la dirección original y sin que el cerebro electrónico pueda darle las coordenadas necesarias, jamás llegará al planeta Tierra, jamás.

—¿Y nosotros?

—Escaparemos de aquí.

—¿Con qué?

—Hay una lanzadera a bordo. Estamos ya muy cerca de la Tierra y la lanzadera será suficiente. Viajando sólo dos personas en ella, podremos llegar a nuestro objetivo y allí contaremos lo ocurrido.

—¿Crees que no podrán conducir la cosmonave?

—No, te aseguro que no. ¡Mira!

Cogió una garra de acero y comenzó a romper paneles dejándolos totalmente inservibles.

Conectó el agudísimo pitido por si volvían allí los cerebros ectoplasmáticos que se había demostrado que no podían resistir aquel sonido y por eso habían huido, salvándose la pareja terrícola.

—¡No lo resisto! —chilló la joven.

—¡Vamos! —apremió Gland, cogiéndola de la mano.

Ambos llevaban sus respectivas pistolas suprasónicas.

Descendieron hacia la salita de control de atmósfera y Gland Gelos pidió a Maragda:

—Aguarda un poco.

Disparó su pistola suprasónica destruyendo tubos y manómetros, dejándolos inservibles y produciéndose gran cantidad de fugas.

Ahora, el desconcierto en el interior de la cosmonave será total y el aire quedará limitado, sin que pueda renovarse. No durarán mucho en esta cosmonave, antes de quinientas horas los cuerpos de los científicos se habrán asfixiado mientras la cosmonave se pierde en los confines de la Galaxia.

Abandonaron la salita y pasaron al corredor del segundo nivel.

Por él llegaron hasta el elevador que les descendió al nivel cero donde se hallaba la lanzadera.

Allí, protegidos con los trajes espaciales, se encontraron a cinco de los científicos, ya convertidos en alienígenas.

—¡Dispárales! —pidió Maragda.

Uno de aquellos científicos era Owerson; él tenía la pistola que le arrebatara al cadáver de Traull.

El dardo suprasónico destruyó parte de las instalaciones y hubiera aniquilado a Gland Gelos si éste no hubiera saltado a tiempo.

Maragda disparó contra Owerson, aniquilándolo, mientras Gland Gelos disparaba contra los demás.

Los cuerpos cayeron fulminados, la lanzadera estaba a apenas cincuenta pasos de distancia mientras la gélida temperatura que reinaba en toda la cosmonave les entumecía.

—¡Corre, Maragda, antes de que aparezcan más!

Llegaban a la puerta de la lanzadera cuando del tanque tres de aire comprimido volvió a salir la repugnante nube de cerebros ectoplasmáticos.

—¡Vamos, adentro, corre!

Empujó a Maragda hacia el interior de la lanzadera y cerró la puerta á tiempo de que ninguno de aquellos cerebros flotantes entrara en ella.

Los cerebros se pegaron contra los cristales, tratando de ocultarles la visión.

—¡Es horrible mirarlos, Gland, horrible!

Gland Gelos puso en funcionamiento la lanzadera y desde ella abrió las compuertas de la Jonc-212 que habrían de permitirle salir al exterior.

Entonces se produjo la succión de la atmósfera por el vacío exterior y los cerebros ectoplasmáticos salieron despedidos a gran velocidad hacia el cosmos, formando una nube.

La lanzadera saltó al espacio propulsada por sus propios motores y abandonó la Jonc-212 que se perdió rápidamente de vista, dirigiéndose a los confines de la Galaxia totalmente destrozada.

Los minutos de vida de los que permanecían dentro de ella ya estaban contados mientras los cerebros ectoplasmáticos que habían

saltado al espacio se perdían para siempre.

Gland Gelos compensó las velocidades para adecuar la lanzadera a lo que precisaba para dirigirse al planeta Tierra, ya que se hallaba dentro del sistema solar.

—¡Lo hemos conseguido, Maragda, lo hemos conseguido! Los hemos enviado a la nada y tú yo nos salvamos y podremos contar a las autoridades del gobierno terrestre todo lo ocurrido.

—¿Crees que llegaremos a la Tierra?

—Seguro. No sería buen cosmonauta si no supiera desenvolverme perfectamente dentro de nuestro sistema solar sin necesidad de ser guiado por un cerebro electrónico. Confía en mí.

Maragda le abrazó. Confiaba en él totalmente, el peligro había pasado.

La invasión de los cerebros ectoplasmáticos ya no se produciría, un puñado de científicos se había perdido y dos valerosos cosmonautas habían muerto, pero no en vano.

La pequeña lanzadera puso proa al encuentro del planeta Tierra; sin embargo, tenían un puñado de horas para ellos solos antes de que llegaran a su destino, un puñado de horas que no pensaban desperdiciar.

Habían aprendido ya que la muerte les rondaba mientras viajaban por el espacio sideral.

FIN


Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la
Selección
TERROR
que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.
¡Asegure su ejemplar!
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.